

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

retrato de una dama sin rostro



CLARK CARRADOS



Con infinito cuidado, recorrió los trozos de pared contiguos a la caja fuerte, explorándolos con las sensibles yemas de sus dedos. Halló una leve protuberancia longitudinal y sonrió satisfecho.

Los blancos dientes de Kim Dickers aparecieron en un rostro artificialmente oscurecido. Sobre la cabeza llevaba una especie de casco de minero, mucho más liviano, construido especialmente, y provisto de una lámpara que podía ser orientada a voluntad, según los casos.

Dickers extrajo del bolsillo algo parecido a una navaja, pero terminado en forma recta, como un destornillador de gran tamaño. Parte de los lados y el final recto estaban sumamente afilados.



Clark Carrados

Retrato de una dama sin rostro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1228

ePub r1.0

Titivillus 06-12-2019

Título original: *Retrato de una dama sin rostro*
Clark Carrados, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Con infinito cuidado, recorrió los trozos de pared contiguos a la caja fuerte, explorándolos con las sensibles yemas de sus dedos. Halló una leve protuberancia longitudinal y sonrió satisfecho.

Los blancos dientes de Kim Dickers aparecieron en un rostro artificialmente oscurecido. Sobre la cabeza llevaba una especie de casco de minero, mucho más liviano, construido especialmente, y provisto de una lámpara que podía ser orientada a voluntad, según los casos.

Dickers extrajo del bolsillo algo parecido a una navaja, pero terminado en forma recta, como un destornillador de gran tamaño. Parte de los lados y el final recto estaban sumamente afilados.

Con el extremo de la navaja rascó un poco el empapelado de la pared. Tres cables de hilo eléctrico aparecieron ante sus ojos.

Dickers vaciló un momento. Cualquier otro hubiera cortado los cables sin vacilar. La alarma de la caja fuerte habría cesado de funcionar en el acto, pero otra alarma habría atraído la atención de los moradores de la casa, indicándoles la presencia de un intruso en ella.

De uno de sus bolsillos, Dickers extrajo una cajita oblonga, negra, provista de una serie de minúsculas patitas puntiagudas en una de sus caras mayores. Eran como pelitos de metal, de no más de tres milímetros de longitud.

Dickers apoyó la caja en el trozo desnudo de pared y presionó con fuerza, dando un ligero golpe seco. Luego estudió atentamente unos segundos.

No se oyó el menor ruido. De nuevo volvieron a brillar sus dientes al sonreír. El interferidor de corrientes evitaría que funcionasen las alarmas en ningún caso.

Ahora ya podía actuar tranquilo. Situado frente a la caja fuerte, la que, pese a estar empotrada en el muro, era de tamaño algo más corriente de lo normal, apoyó en su frontis metálico el estetoscopio y empezó a mover la rueda de la combinación de cierre.

El sensible aparato llevó hasta sus tímpanos, con toda claridad, el

sonido de los engranajes. De pronto, captó el revelador «click», que indicaba había alcanzado su objetivo.

Abrió muy lentamente, con infinito cuidado. A pesar de todo, la caja podía tener alguna trampa mecánica, como, por ejemplo, una escopeta de dos cañones, cuyos gatillos fuesen accionados por un hilo de metal que, al tensarse, abrasarían la cara del ladrón. Situado precavidamente a un lado, Dickers metió la mano derecha y la movió en todas direcciones.

No había ninguna trampa. Terminó de abrir y el contenido del cofre apareció ante sus ojos.

La lámpara del casco iluminó algunos fajos de billetes y un par de cajitas repletas de joyas. También había numerosos sobres, cuidadosamente colocados, según un determinado orden. Dickers contó no menos de un centenar, algunos de los cuales eran relativamente voluminosos.

Pero sólo uno de ellos le interesaba. Después de un par de minutos, lo encontró y lo guardó en el bolsillo.

Aún no había terminado, sin embargo, su tarea. Había llevado consigo una bolsa de lona, no demasiado grande, en la que transportaba algunos adminículos. Sacó un par de cajas, cada una de las cuales era como la mitad de una de habanos, y las colocó en el interior del cofre fuerte.

De cada caja salía un fuerte hilo de plástico, que ató a un saliente del interior de la tapa, dejándolo flojo, pero de modo que se pusiera en tensión al abrirla de nuevo. Acto seguido, cerró, dio un par de vueltas a la manecilla de la combinación y retiró con todo cuidado el interferidor de alarmas. Más tarde, se darían cuenta del trozo de papel que faltaba en la pared, pero, para entonces, ya estaría muy lejos.

La tarea estaba terminada. Entonces, cuando ya se disponía a marcharse, oyó ruidos en la estancia contigua.

La bolsa con las herramientas importaba poco; ya se compraría o fabricaría otras. Ahora lo más urgente era huir.

Pero, en su apresuramiento, Dickers derribó una silla, lo que, mentalmente, consideró una torpeza imperdonable. El mueble, al caer, hizo bastante ruido.

La alarma cundió en la otra habitación.

—¡Ladrones! —gritó alguien.

Dickers corrió hacia la ventana. La puerta se abrió en aquel momento. Dickers se dio cuenta de que no tendría tiempo de escapar, sin ser acribillado a tiros.

Mark Lou Grattan y sus compinches eran gente de bronce y, aunque su especialidad era muy otra, no vacilaban en emplear las armas cuando era necesario.

Volvióse rápidamente. Junto a él, divisó un enorme jarrón, de gusto más que detestable, que alzó con ambas manos, justo en el momento en que dos individuos le apuntaban con sus armas.

El jarrón era más pesado de lo que aparentaba, pero Dickers lo arrojó hacia adelante con tremendo ímpetu. Los gritos de dolor empezaron a sonar antes de que el enorme proyectil chocara contra dos cuerpos humanos, rompiéndose en mil pedazos con tremendo estrépito.

Los dos individuos rodaron por el suelo, en medio de terribles imprecaciones. Detrás de ellos, Mark Lou Grattan lanzó un obsceno juramento, pero no se atrevió a intervenir.

Dickers consideró que había ganado el tiempo suficiente. Dio media vuelta y se lanzó a través de la ventana, como si se arrojase al agua de una piscina.

Uno de los hombres de Grattan, magullado todavía, se puso en pie y apuntó hacia el fugitivo. Grattan cortó su gesto imperativamente.

—Quieto, Solly —dijo—. Ese tipo no ha conseguido nada; no han sonado las alarmas, así que no hagas ruido con disparos inoportunos.

—Me pareció Kim Dickers —dijo el esbirro.

Grattan frunció el ceño.

—Con ese tipo no se puede estar tranquilo nunca —masculló—. Por si acaso, echaré un vistazo a la caja.

Cruzó la estancia, mientras los dos sicarios se arreglaban un poco, y se acercó a la pared. Movi6 la ruedecilla de la combinación y luego, de un tir6n, abrió.

Entonces funcionaron las trampas dejadas por Dickers. Un vivísimo fogonazo, de luz muy blanca, brotó por la abertura, a la vez que se percibía un insoportable calor.

Durante unos segundos reinó en el interior de la caja una temperatura no inferior a los tres mil grados centígrados. Grattan y sus secuaces hubieron de protegerse los ojos, a fin de no quedar

cegados por el intolerable resplandor provocado por la combustión de la termita.

Al cabo de un rato, Grattan se atrevió a acercarse a la caja, de la que todavía salía un humo bastante denso. Con unos papeles, aireó el interior del cofre fuerte. Un rugido de rabia brotó de sus labios al darse cuenta de que todo lo que restaba del dinero y los documentos que había guardado allí era un montoncito de negras cenizas.

* * *

Dickers llegó a su departamento, amueblado más con buen gusto que con lujo, y dejó sobre una mesa el paquete de cartas que había recogido en el buzón privado de la entrada. Luego se sirvió un *whisky*, tras de lo cual se quitó la chaqueta y se puso cómodo para leer la correspondencia.

Una de las cartas llamó especialmente su atención:

«Estimaré con sumo interés una visita suya, cualquier día y a partir de las once de la mañana, para encomendarle una gestión que considero de suma importancia. Mi dirección es: 866, West Lane Road.

»Muy atentamente,

»*Joyce Ginnison*».

Dickers estudió la misiva durante unos momentos. El apellido Ginnison significaba dinero, mucho dinero.

A Joyce no la conocía en persona, pero tenía referencias de su belleza. Dickers se sintió atraído inmediatamente por la llamada.

Podía resultar interesante. La carta aparecía enigmática.

Y a Dickers le gustaban mucho los enigmas, sobre todo si en ellos aparecía mezclada una hermosa mujer.

De repente, presintió que no estaba solo en el departamento.

Alzó la cabeza. Una mujer, de singular atractivo y cuerpo escultórico, estaba en la puerta que conducía a las habitaciones

interiores. La mujer le apuntaba con un pequeño revólver niquelado.

—Hola, Kim —dijo, con voz grave y bien modulada—. Voy a matarte.

Dickers se echó a reír.

—¿He cometido algún crimen, Belle Rose Owdurn? —preguntó.

—Hace dos días estuviste en casa de Grattan. Quemaste todo cuanto había en su caja fuerte, menos un sobre que me interesaba especialmente.

Dickers arqueó las cejas.

—¿Quién te lo ha dicho? —quiso saber.

—El propio Grattan. Ese sobre era mi seguro de vida y ahora lo tienes tú.

—Te equivocas, pero si tu gusto es apretar el gatillo, puedes hacerlo cuando te parezca.

Yo fui a casa de Grattan por un sobre, pero no por el que tú te imaginas.

—No me mientas, condenado embustero...

—No estoy mintiendo, hermosa. Cierto que había allí un sobre con tu nombre, pero no lo tengo yo.

—Te lo llevaste...

—Y a las pocas horas lo deposité en un buzón, dirigido a mi nombre, pero no a mi casa, sino a Lista de Correos. Por tanto, si aparezco muerto, investigarán todos mis papeles y ese sobre saldrá a relucir. La policía examinará su contenido y... ¿Te imaginas lo que pasará entonces?

La mano de Belle Rose tembló.

—¿No me engañas, Kim?

Dickers se echó a reír.

—Estás aquí mucho antes de mi llegada —contestó—. Has tenido tiempo más que sobrado para revolverlo todo. Nunca guardo aquí nada de importancia; mis notas y apuntes reservados están o en mi cabeza o en otro lugar que no conoce nadie. Por tanto, si el sobre estuviese aquí, ya lo habrías encontrado.

Belle Rose bajó el revólver.

—¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? —se lamentó.

—No soy cruel especialmente contigo, pero detesto a los que, como tú, se aprovechan de las flaquezas y debilidades humanas para

explotar a los demás inicuaamente. Por eso destruí todos los documentos con los cuales tú y ese canalla de Grattan hacéis chantaje a personas que quizá no sean buenas, pero tampoco merecen ese trato. Cometer un pecado y querer que no se divulgue es malo, pero entra dentro de la lógica del comportamiento humano. Aprovecharse de esas flaquezas es, simplemente, canallesco.

—Te voy a matar...

—Cuidado, recuerda el sobre, Belle Rose. Tú hacías chantaje a los demás, pero, a su vez, otro te lo hacía a ti. Seguramente, encontrabas detestable la conducía de ese individuo, ¿verdad?

—¿Es mejor la tuya?

—No diré que mis procedimientos sean demasiado éticos, pero sí encaminados a un fin bastante decente. De todas formas, si vas a dormir mejor esta noche, dispara.

Ella guardó el revólver en su bolso con gesto lleno de rabia.

—¿Cuánto quieres por el sobre? —preguntó.

—Sólo un precio.

—Bien, fíjalo. Tengo algún dinero...

—Tienes, que yo sepa, treinta y dos años. Por tanto, eres joven y puedes emprender aún una vida decente y honesta. No soy moralista ni trato de persuadirte a que vuelvas al buen camino; eso es algo que debes hacer por ti misma. Pero si haces lo que digo y un día tengo noticias tuyas de que has cambiado, entonces, puedes estar segura, te enviaré el sobre.

Belle Rose vaciló todavía.

—No acabo de creerte...

—Me conoces y sabes que yo no soy como los de tu clase. Por tanto, sabes también que cumpliré mi palabra y que, además, no te extorsionaré jamás.

Ella inspiró con fuerza.

—Sí, eso sí es cierto —admitió—. Está bien, me iré de la ciudad.

—Escribeme con buenas noticias y un día tendrás la respuesta adecuada.

Belle Rose se marchó. Al quedarse solo, Dickers lanzó un suspiro de alivio.

Tiempo atrás, había llegado a apreciar bastante a la joven. Sin embargo, Belle Rose, a pesar de sus consejos, se había desviado

hacia un sendero, fácil y productivo a primera vista, pero que luego conducía a un final desastroso. El solo quería enderezar la torcida ruta de su vida.

Por supuesto, ignoraba la existencia del sobre que comprometía a Belle Rose, pero la amenaza del revólver le había hecho idear una mentira para salir del apuro. Belle Rose podía estar tranquila: los documentos que tanto la comprometían se habían quemado, con el resto del contenido de la caja fuerte.

Pensativo, se asomó a la ventana. Belle Rose salía a la calle en aquel momento.

De súbito, un individuo se acercó a la joven. Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que iba a pasar, el hombre la apuntó con un revólver y disparó dos tiros a quemarropa.

Las balas fueron dirigidas a la cabeza de Belle Rose. Dada la distancia, menos de un palmo, el asesino no podía fallar. Belle Rose no tuvo tiempo de gritar siquiera: cayó fulminada instantáneamente.

La gente chilló y escapó en todas direcciones, alarmada por los estampidos del arma. Dickens crispó los puños de rabia.

Mientras, el asesino, tranquilamente, embarcó en un coche que le aguardaba, con el motor en marcha. El automóvil arrancó a toda velocidad y desapareció antes de que nadie tuviera ocasión de apreciar la menor característica de sus ocupantes.

CAPÍTULO II

El jardín de la casa estaba muy bien cuidado y tenía vagas reminiscencias griegas o romanas: setos recortados, abundantes rosales y algunos cipreses en distintos puntos. Dado que la posesión estaba situada en la ladera de una colina, el jardinero lo había hecho abancalado, con caminos serpenteantes, lo que confería al panorama un mayor atractivo todavía.

La casa poseía una singular sencillez en sus líneas, levemente clásicas. Saltaba a la vista que el proyecto estaba firmado por un arquitecto de fama. El dueño había sido un hombre de gustos sencillos, reposado de carácter, y tanto el edificio como el jardín reflejaban claramente su idiosincrasia.

Una doncella, sobriamente uniformada, abrió la puerta. Dickens se descubrió y entregó su tarjeta de visita.

—Pase, señor Dickens, la señorita Joyce le aguarda.

El visitante siguió a la doncella hasta una salita íntima, gratamente decorada en tonos pastel y muebles Luis XVI que, si no eran auténticos, resultaban unas copias perfectas y permitían hacer un merecido elogio del artesano que los construyó.

Había también un gran piano de cola. Una mujer, sentada ante el teclado, interpretaba suavemente una polonesa de Chopin. Sin interrumpir su acción, Joyce Ginnison dijo:

—Celebro conocerle, señor Dickens. A su izquierda tiene un aparador con licores.

Prepárese a su gusto.

—¿Usted no quiere, señorita Ginnison?

Ella negó con la cabeza y siguió tocando. Dickens, en esta ocasión, se decantó por el jerez, del que se sirvió una buena dosis en una copa de vidrio de absoluta transparencia. Miró primero el vino al trasluz, luego lo olfateó y, por último, se puso unas gotas en la lengua.

—Aquí no hay falsificación alguna —murmuró, apreciativo.

—¿Decía, señor Dickens...?

—Hablabas conmigo mismo de su jerez, señorita Ginnison. Es de lo

mejor que he catado en muchos años.

—Es un jerez especialmente hecho para los Ginnison, por un amigo de mi difunto padre. Allí tenemos cien cepas, cuyas uvas producen este vino —explicó ella.

—Usted daría envidia a los dioses del Olimpo —sonrió él, mientras volvía a saborear el vino.

Joyce seguía tocando. Dickers apreció sus cabellos, de un color rubio ceniciento, y su figura escultórica, cubierta con un sencillo vestido de dos tonos de azul, con dibujos en cuadrados, separados por rayas de color amarillo, también en dos tonos. Era un conjunto fascinante, pero, de pronto, notó algo extraño en la joven, cuya edad calculó en inferior a los veinticinco años.

La música cesó de pronto. Joyce se levantó y caminó con paso fácil y elástico hacia el visitante. Dickers se sintió inesperadamente acomplejado: Joyce era más alta que él. O lo parecía, merced a los tacones de sus zapatos. Bien mirado, no podía considerarse como un sujeto de poca estatura, ya que pasaba holgadamente de los ciento setenta centímetros, pero Joyce le rebasaba al menos en seis o siete.

—¿Qué mira? —preguntó ella de súbito.

—Es usted más alta que yo —contestó Dickers.

—Los tacones —dijo Joyce llanamente. Y se sirvió una copa de vino, reclinándose a continuación en la consola, para mirar a su visitante, como si lo estudiara a fondo.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Joyce lo rompió para formular una pregunta:

—¿Le gustaría ganarse cincuenta mil dólares, señor Dickers?

* * *

A pesar de que estaba acostumbrado a muchas cosas, Dickers no pudo mantener su impasibilidad y respingó con fuerza.

—¿Trata de contratar a un asesino? —exclamó.

—Si fuera así, no le habría llamado a usted.

—Por cierto, ni siquiera sé cómo ha podido dar conmigo. Usted y yo, y por supuesto su difunto padre, no nos hemos relacionado jamás. Para nada, en absoluto.

Joyce sonrió.

—Pero usted ha oído hablar de Fanny Muskee —manifestó.

—Oh —dijo él.

—Da la casualidad de que Fanny es muy amiga mía y me contó, en parte, el apuro en que se encontraba y del que usted la sacó, asaltando la casa de un chantajista sin escrúpulos que quería destruir su felicidad actual. Fanny, a veces, es un poco irreflexiva y hace años se hizo unas fotografías en actitudes de las que, por lo menos, es preciso decir que son inconvenientes. Usted rescató esas fotografías y se las devolvió, evitando así a mi amiga un grave compromiso. Y cuando ella conoció mis apuros, me recomendó a usted.

¿Satisfecho, señor Dickers?

—Del todo, señorita Ginnison.

—Por cierto, y aunque sea a título de curiosidad, ¿vio usted las fotografías? —preguntó ella maliciosamente.

—Las posturas de la señora Muskee, en sus «entrenamientos» como modelo para portadas de revistas subidas de color, no me interesaban en absoluto. Pero usted debe saber otra cosa, señorita Ginnison.

—¿Sí, señor Dickers?

—Su amiga me habló con absoluta franqueza. O no habría aceptado el caso. Si ella le contó los apuros en que se había encontrado, yo no haré ya un secreto de lo que, evidentemente, no lo es, pero he de advertirle que soy un muro de cemento respecto a las confidencias de mis clientes.

—Eso significa que he de hablarle con absoluta franqueza.

—O no aceptaré su encargo.

Joyce asintió.

—De acuerdo —accedió—. ¿Conoce usted a Elmer P. Willard?

Dickers se sobresaltó.

—Las iniciales E. P. tienen el mismo significado que el signo del dólar —contestó.

—Exacto.

—Y es un hombre del que se dice recibe a sus visitas con un ramo de olivo en la mano izquierda y una espada en la derecha. Lo que sucede es que, hasta ahora, nadie ha visto el ramo de olivo.

—Sigue la exactitud —sonrió Joyce.

—Se dice, además, que en su casa tiene un diccionario, impreso especialmente para él, en el que faltan las palabras piedad,

compasión, remordimiento, conciencia y algunas otras por el estilo. Le llaman de un modo que define muy certeramente su idiosincrasia: Corazón de Hiena.

—Justamente.

—Y bien, ¿qué conflicto tiene usted con Willard?

—Deseo arruinarle, hasta que se vea literalmente obligado a pedir limosna en una esquina. Con un sombrero viejo y abarquillado, por supuesto.

—Creo que pide demasiado, señorita Ginnison. Willard es indestructible.

—¿Tiene miedo?

—No, no mucho, aunque algo sí, voy a serle franco, como hemos quedado. Pero si Willard me matase, la mía no sería su primera muerte.

—Yo no deseo que haya muertes, sólo quiero que lo arruine.

—Si Willard sabe que es atacado, se defenderá salvajemente. Por todos los medios.

—¿Dónde está su habilidad para atacar sin ser visto ni apercebido hasta que sea demasiado tarde?

—Hablemos claro de una vez. ¿Por qué quiere que haga eso a Willard?

—Dispénseme, señor Dickers, pero los motivos son exclusivamente míos.

Dickers terminó su copa de vino.

—Entonces, lamentándolo mucho, debo contestar negativamente a su proposición, señorita Ginnison —dijo, impasible.

—¿Desprecia usted cincuenta mil dólares? —exclamó Joyce, muy irritada.

—Efectivamente.

—¿Por qué? Explique sus motivos...

—Hay dos motivos. Primeramente, usted no ha sido lo suficientemente franca conmigo. Ya le digo que no debe temer mi locuacidad, como ha podido apreciar en el caso de la señora Muskee. Y en segundo lugar, es tan poco franca conmigo, que ni siquiera se ha presentado con su rostro auténtico, sino que lleva puesta una máscara que lo cubre muy hábilmente, de modo que nadie advierta el artificio.

Joyce se irguió a la vez que daba un paso hacia atrás.

—No llevo ninguna máscara...

—Está mintiendo. Sus facciones son demasiado tensas, muy tirantes, y apenas hay movimiento en sus músculos faciales cuando habla o trata de sonreír. Por otra parte, la unión de la máscara con el resto de la cabeza, por ejemplo, a la altura de las orejas, no es perfecta y se advierte con relativa facilidad. Había oído decir de usted que era muy bella, pero, a lo que parece, nunca faltan comentarios exagerados.

Los ojos de Joyce brillaban de furia.

—Sí —admitió al cabo—. Uso una máscara. Pero ¿quiere saber por qué la llevo puesta?

No me interesa en absoluto, no estoy seguro de que me vaya a hablar con toda claridad.

Tranquilamente, Dickers se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró a la dueña de la casa, en cuyo pecho se observaba claramente la agitación que sacudía su ánimo.

—De usted sólo envidio una cosa: ese centenar de cepas que tiene en Jerez —se despidió.

CAPÍTULO III

Estaba tomándose una taza de café en la barra de un local al que solía acudir con cierta frecuencia, cuando una mano le golpeó la espalda.

—Hola, sabueso —dijo una voz conocida.

Dickers se volvió y sonrió.

—Miren quién emplea ese nombre —exclamó—. ¿Quieres tomar un café conmigo, Nombre Falso?

El recién llegado hizo una mueca.

—Hombre, no me llames así —dijo, con fingido tono quejumbroso—. A fin de cuentas, yo no tengo la culpa del nombre y del apellido. Dickers se echó a reír, a la vez que levantaba la mano para llamar la atención del mozo.

Después de encargar la taza de café, dijo:

—Y bien, ¿qué busca por ahí el acreditado sargento de detectives Joe Smith?

—Busco a dos tipos. Uno conducía el automóvil. El otro empuñaba un revólver. El revólver disparó dos tiros. Una cabeza humana saltó en pedazos. La cabeza pertenecía a Belle Rose Owdurn. Y, por último, Belle Rose era amiga y asociada de Mark Lou Grattan. —Eres casi telegráfico en tus respuestas, pero muy definitorio por otra parte, Joe. ¿Has hablado con Grattan?

—Sí, pero como si hubiese hablado con este mostrador.

—Belle Rose había estado a verme, momentos antes de ser asesinada.

—Ya me lo dijiste hace días. También mencionaste que habías visto al asesino, pero ni le reconociste, ni pudiste darme detalles interesantes.

—Tenía mi estatura, vestía traje gris y usaba sombrero. Es muy posible que llevase una máscara teatral.

—Y si el traje era reversible y la matrícula del auto falsa, cinco minutos más tarde pudo cambiar de aspecto y moverse con toda tranquilidad. Pero tú habías tenido cierto jaleo con Grattan un día o dos antes.

—Sí, Joe.

—A Grattan se le quemó todo el contenido de su caja de caudales privada. Creo que un centenar de personas respiraron aliviadas en Pearsons ville al conocer la noticia.

Dickers sonrió.

—Es fácil de imaginar, ¿no crees? —contestó.

—Kim, yo no te diré nada por lo que hiciste; sólo te ruego que tus éxitos no se te suban un día a la cabeza y no quebrantes la ley. Dejaría de ser tu amigo instantáneamente.

—Descuida, Joe; no te daré motivos para llorar por una amistad rota.

—Pero, particularmente, me alegro de lo que le hiciste a ese vampiro de Grattan. ¿Crees que la muerte de Belle Rose fue debida a una venganza?

—Yo me inclino a pensar que tal vez recelaban de ella y que la siguieron. Al verla en mi casa, pudieron pensar que Belle Rose y yo nos entendíamos. Entonces fue cuando la asesinaron.

—Si pudiera encontrar al tipo que disparó... Créeme, Kim; los hombres como Grattan me ponen enfermo. El día en que supe que había ardido lo que guardaba en su caja fuerte, casi me emborraché.

—Pues, la verdad, no hay para celebrarlo tanto. En cierto modo, claro.

—¿Qué quieres decir, Kim?

—No sé por qué, acaso sea solamente un presentimiento, pero tengo la sensación de que Grattan era solamente un figurón. De gran categoría, por supuesto; pero había otro por encima de él. Mejor dicho, todavía sigue estando en un plano superior. Para mí, Grattan era el que, en cierto modo, daba la cara y se enfrentaba con sus víctimas. El otro era el que le proporcionaba la mayor parte de los informes y le señalaba los planes de acción. Pero no me siento capaz de adivinar quién es esa persona, suponiendo que mi hipótesis resulte verdadera.

El sargento Smith se acarició la mandíbula.

—Quizá tengas razón —convino—. Investigaré en ese sentido.

—Dime algo cuando tengas noticias, Joe.

—Sí. Adiós, Kim.

—Adiós, Nombre Falso.

El sargento se marchó. Dickens rió para sí. La verdad, el apodo estaba más que justificado: cualquier tipo que quería usar momentáneamente otro nombre decía llamarse John o Joe Smith. Pero ello no era óbice para que el sargento poseyera uno de los cerebros más hábiles y perspicaces de la policía de Pearsonsville. Al cabo de un rato, emprendió el regreso a su casa. Cuando llegó, supo que tenía visita.

Pero no pudo hablar con sus visitantes, ni éstos, por su parte, se mostraron inclinados a dialogar. Lo único que querían era reducirle a la impotencia y lo consiguieron en contados segundos, mediante la aplicación de un buen chorro de gas narcótico.

* * *

Cuando Dickens recobró el conocimiento, se halló en una poco agradable situación.

Estaba en un cobertizo, cuyas ventanas aparecían herméticamente cerradas, así como la puerta. El local era bastante grande, diez o doce metros de largo por cinco de anchura y tres de alto.

Una sólida viga de hierro en forma de doble T sostenía el tejado, a dos aguas. Además, había en ella un polipasto eléctrico, del que pendía Dickens, con las muñecas unidas por una cuerda y ésta pasada por el gancho del polipasto.

El cobertizo estaba alumbrado por dos lámparas de regular potencia, situadas en uno de los lados. Dickens bajó la vista y vio que tenía los pies metidos en un cubo de buen tamaño.

A su izquierda, dos hombres trabajaban en algo que, de momento, no supo comprender. Segundos más tarde, uno de los individuos vino y vertió en el cubo el contenido de un saco de cemento.

A Dickens se le pusieron los pelos de punta. El otro sujeto trajo agua. Echaron más de ambas cosas y empezaron a hacer la mezcla. Dickens se percató de que la masa de cemento le llegaría casi a mitad de la pantorrilla.

Debajo de él oyó un vago rumor, cuyo origen no supo identificar por el momento. En aquellos instantes estaba mucho más preocupado por su futuro, que tenía tanto de corto como de lúgubre.

—Eh, amigos, ¿por qué...?

—Cierre el pico —cortó uno de los hombres secamente.

Dickers observó que ambos iban en mangas de camisa, para trabajar mejor. Cada uno llevaba un arnés, para la funda sobaquera, en la que descansaba la pistola. Uno de ellos, además, tenía en el cinturón la vaina de un cuchillo de tamaño más que respetable.

Los rostros estaban ocultos por sendas máscaras, en realidad, unos capuchones negros, con sendas aberturas para la boca, la nariz y los ojos. Pero no hablaban, ni hacían el menor comentario entre sí, limitándose a realizar su tarea con rapidez, aunque, por lo que Dickers pudo apreciar, no con demasiada eficiencia.

—Son ustedes novatos —dijo.

Los matones no le contestaron.

—Si tuvieran que ganarse la vida como albañiles, se morirían de hambre —agregó Dickers.

Uno de los sujetos picó y se irguió.

—Quizá usted sea tan amable de indicarnos cómo hemos de hacer esto —exclamó, con un gruñido de rabia.

—Pues claro que sí, hombre. Ustedes me van a echar al agua apenas haya fraguado el cemento, ¿no es así?

—Salta a la vista —dijo el individuo de mal humor.

—Pero como son novatos, ignoran que, para evitar que la mezcla se deshaga antes de tiempo, es preciso dejarla fraguar durante al menos doce horas.

—En una hora estará...

—No, si piensan lanzarme al mar, como supongo. La sal disuelta en el agua de mar atacará al cemento y éste se deshará en menos de media hora. Yo ya habré muerto, por supuesto, pero mi cadáver emergerá a la superficie, me encontrarán y me identificarán.

—Pero nadie sabrá que...

—Cuando se quiere hacer desaparecer a un individuo, es preciso que jamás se encuentre el cadáver. Si éste aparece, a la larga o a la corta se encuentra al autor del hecho.

Los dos pistoleros parecieron sentirse intranquilos con las palabras de su prisionero.

—Oye, tú —dijo uno de ellos de pronto—, aquí no podemos esperar doce horas; se nos haría de día y tenemos orden de hacer esto sin que nadie se entere. Y, por supuesto, el tipo tiene razón: jamás debe ser visto, ni vivo ni muerto.

—Al menos, podían habernos dado más instrucciones —contestó el otro, no menos disgustado que su compinche.

—Yo les indicaré cómo pueden hacer una buena mezcla de cemento. Lo hacen los albañiles, para acelerar el fraguado, echándole azúcar. Bastante azúcar, por supuesto. Yo diría que un cinco o diez por ciento.

Los matones cambiaron una mirada.

—Aquí debe de haber azúcar —dijo uno.

—Mira en la alacena —indicó su compañero.

El hombre se acercó al fondo del cobertizo, en el que se veía un armario suspendido en la pared. Debajo había una cocinilla eléctrica. Dickers supuso que el dueño del cobertizo había tenido necesidad, en alguna ocasión, de hacerse comida o, simplemente, prepararse unas tazas de café.

A los pocos momentos, el pistolero volvió, con un gran pote en las manos.

—Azúcar —dijo.

—Vamos, échalo —ordenó el otro, un tanto nervioso.

Dickers sonrió. La mejor manera de hacer inconsistente una mezcla de cemento era, por supuesto, añadirle azúcar. De momento, el cemento aparentaría fraguar con normalidad, pero luego se desharía como si fuese barro seco y deleznable. Faltaba averiguar si lograría sacar los pies antes de sentir la falta de oxígeno, una vez bajo el agua, pero esto era algo que debía conocer personalmente.

Un par de kilos de azúcar fueron a parar al cemento y mezclados a conciencia, por medio de una tabla plana, empleada a modo de espátula. Al cabo de un rato, los dos individuos dieron por terminada su labor.

Entonces, de un modo absolutamente inesperado, se abrió una puerta lateral y alguien irrumpió en el cobertizo, empuñando un revólver de seis tiros, de largó cañón y calibre 44.

—Será mejor que levanten las manos o correrá la sangre —dijo el recién llegado, quien, para sorpresa de todos, pero más que ninguno, de Dickers, era una mujer.

* * *

Hubo un movimiento de sorpresa en los matones. Uno de ellos,

desafiando la orden recibida, trató de agarrar su pistola.

El revólver vomitó una sonora llamarada. Se oyó un agudo grito de dolor. Un hombre cayó al suelo, con el hombro atravesado, revolcándose como un poseso.

Su compañero vio que la cosa iba en serio y levantó las manos.

—Hay cosas con las que jamás se debe bromear —dijo la mujer, impasible—. Las armas de fuego, por ejemplo.

Dickers había reconocido por la voz a la recién llegada, pero se abstuvo de formular y pronunciar ningún nombre. Ella vestía blusa negra, anudada por delante a la altura del estómago, pantalones del mismo color, terriblemente ceñidos, y usaba unas gafas oscuras, grandes como ruedas de un patinete. El cristal de las gafas era espejo por la parte exterior, de lo que impedía se pudieran ver los ojos de la joven.

—Ahora tiene que soltarme, chica —dijo.

—Aquí hay un buen amigo que lo hará con mucho gusto —contestó ella.

El pistolero ileso suspiró, resignado. Dickers hizo un esfuerzo y sacó los pies del barreño lleno de cemento, todavía sin fraguar. Instantes más tarde, estaba libre. —¿Qué hacemos ahora?— consultó a la joven.

—Ate a ese hombre. —Joyce señaló al pistolero sano—. Después nos iremos.

El herido había acabado por desmayarse. Dickers buscó cuerdas y en pocos momentos, un hombre yacía por tierra, atado como un salchichón.

—Vamos —dijo ella.

—Espere.

Dickers se inclinó sobre el individuo a quien acababa de atar y le arrancó la máscara. Su desconcierto fue grande al ver que no era una cara conocida.

—¿Quién os ordenó liquidarme? —preguntó.

El pistolero no tuvo tiempo de contestar. Un grito de Joyce resonó, con trémolos de alarma:

—¡Señor Dickers, viene alguien!

CAPÍTULO IV

Joyce estaba en la puerta. Dickens saltó hacia ella y vio a lo lejos los faros de un coche, que se movían oscilantemente, debido a las irregularidades del terreno.

Había otro coche parado a unos ciento cincuenta pasos del cobertizo, pero era evidente que no tendrían tiempo de alcanzarlo.

—Nos vamos a ver en un aprieto —dijo él.

—Hay una forma de escapar de aquí. Ayúdeme —pidió ella.

La joven volvió al interior del cobertizo y señaló una anilla en el suelo. Dickens la agarró, tiró hacia arriba y levantó una trampilla cuadrada de más de un metro de lado.

Una escalera en voladizo conducía a los bajos del cobertizo. Debajo había una potente motora, balanceándose ligeramente en las aguas que penetraban hasta aquel lugar.

—¡Aprisa! —exclamó la joven.

Dickens no se hizo de rogar. Joyce saltó a la motora y corrió al puesto de mando.

—Largue amarras —ordenó ella.

La canoa estaba sujeta por dos puntos. Dickens soltó las amarras, justamente cuando se oían los chirridos de unos frenos de automóvil en el exterior.

Joyce hizo funcionar el contacto. El poderoso motor de la embarcación emitió un rugido. Casi en el acto, Joyce avanzó la palanca de gas.

La motora arrancó a toda velocidad. Sorprendido, Dickens cayó de espaldas, con los pies por alto.

—¡No tan fuerte, demonios! —se quejó.

—Tenemos prisa —gritó ella, en pie, con una mano en el timón y la otra en la palanca de gas.

La motora salió de su embarcadero, situado directamente bajo el cobertizo, despidiendo una enorme bigotera de espuma. En la orilla sonaron unos gritos de rabia.

El resplandor de unos faros cayó sobre la embarcación. Dickens presintió el peligro.

—¡Agáchese, Joyce! —gritó.

Ella obedeció el mandato, apenas un segundo antes de que, por encima del trueno del motor, se oyera el petardeo de una ametralladora.

Chorritos de espuma se elevaron en torno a la embarcación. Un par de balas dieron en el casco. Otra impactó en algo metálico y rebotó con agudo chillido. Pero la velocidad de la motora era grande y, en pocos momentos, se sumergió en la zona oscura, saliéndose del alcance de los faros del automóvil.

Dickers consiguió ponerse en pie. Agarrándose a un pasamanos, logró llegar hasta el pequeño puente de mando.

El pelo se le había soltado a Joyce y ondeaba como una bandera de guerra, agitado por el viento originado por el veloz desplazamiento de la canoa, que no se movía a menos de veinticinco nudos por hora. Había un poco de luna y, habituadas ya las pupilas, Dickers podía captar muchos detalles sin necesidad de más iluminación.

—Creo que puede reducir un poco la marcha —aconsejó.

Joyce sonrió y quitó gas. La velocidad cayó notablemente.

—He llegado a tiempo, presumo —dijo.

—Muy a tiempo —admitió él—. Yo había tomado mis precauciones, aunque confieso que no estaba muy seguro de lograr mis propósitos. Prefiero que haya llegado usted, aunque ignoro cómo se las arregló para parecer un ángel salvador.

—Le seguí cuando lo secuestraron —contestó Joyce.

—Es decir, me vigilaba.

—En cierto modo. Fui a verle, pero dudé un poco. No estaba segura de que hacía bien y por ello me demoré un rato, tomando una copa en el bar de enfrente. Entonces vi que salía usted, flanqueado por dos individuos. La forma en que caminaba me infundió sospechas.

—Estaba narcotizado —declaró Dickers.

—Sí, me lo imaginé. Pero el coche en que le llevaban a usted se me despistó. En resumen, perdí el rastro. No sabía ya qué hacer, cuando, de pronto, recordé este cobertizo.

—Y se vino hacia aquí directamente. Es usted una chica valerosa... y hasta sabe usar un revólver que parece arrancado de una película del Oeste.

—Puede que no lo crea, pero perteneció a mi abuelo. Cuando yo era pequeña, le oí contar más de una historia de ese revólver. Supongo

que me diría más de una fábula, pero lo cierto es que fue *sheriff* en un pequeño pueblo de Texas. Y tuvo que usarlo más de una vez contra los bandidos.

—La nieta ha heredado su habilidad con las armas —sonrió Dickers—. Por cierto, si usted conocía la existencia del cobertizo, es porque conoce también a su propietario.

—En efecto. Es E. P. Willard.

—Esperaba esa respuesta. ¿Tiene alguna utilidad el cobertizo para Willard?

—Aparentemente, lo emplea para guardar su embarcación de pesca. También le sirve para otros asuntos menos deportivos y completamente reñidos con la ley.

—Contrabando —supuso Dickers.

—Más o menos. Oiga, antes dijo que había tomado sus precauciones con el cemento, pero no me ha dicho en qué consistían.

—Azúcar —contestó él.

—¿Azúcar?

—Sí, estropea la mezcla y la hace muy deleznable. Yo les convencí de que el agua de mar perjudicaría al cemento, si no dejaban pasar doce horas. El azúcar, mentí, aceleraría el fraguado y ellos picaron, porque, naturalmente, no podían esperar tanto tiempo. —¿Cree que se hubiera salvado así?

Dickers suspiró.

—No lo sé —contestó—. Creo que el azúcar perjudica al cemento, cuando se emplea en construcción, es decir, cuando ha de soportar pesos o tensiones muy fuertes. Pero algo tenía que intentar y, además, gané unos minutos, los justos para que llegara usted con toda oportunidad.

—Eso es algo de lo que me alegro infinito —sonrió ella.

—Pero, sin embargo, todavía no me ha dicho los motivos que tiene contra Willard —alegó Dickers.

—Tome el mando —dijo Joyce secamente.

Dickers pasó al timón. Joyce se separó un paso.

La luna, en creciente, le daba de lleno en la cara. De súbito, con gesto brusco, Joyce se quitó los lentes y luego, de un tirón, se arrancó la máscara.

Dickers se estremeció. Con los dientes muy prietos, dijo:

—Tápese la cara otra vez, por favor.

Joyce permaneció inmóvil.

—No, quiero que vea bien lo que me hizo ese canalla.

Dickers volvió a contemplar el rostro de la muchacha, deformado por unas horribles cicatrices que lo desfiguraban por completo, desde la nariz a la barbilla y hasta muy cerca de las orejas.

—¿Vitriolo? —supuso.

—Exactamente —corroboró ella.

* * *

Dickers redujo todavía más la velocidad de la lancha, dejando el motor con un régimen mínimo de revoluciones. Ahora podía dejar el timón libre y aprovechó para sacar cigarrillos.

Joyce se apoderó del que había encendido él en primer lugar e inhaló el humo nerviosamente. Durante unos momentos, sólo se oyó el leve ronroneo del motor y el

«chap-chap

» de las olas al golpear contra los costados de la embarcación.

—Bien, cuénteme —pidió, tras unos minutos de silencio.

Joyce asintió.

—¿Ha oído hablar de la Ginnison Corporation? —preguntó.

—Sí, en efecto.

—Producimos piezas muy delicadas de electrónica. Algunas patentes son propias. Es una empresa pequeña, relativamente, pero el personal es altamente cualificado. Contra una veintena de conductores, conserjes, contables y demás, contamos con casi un centenar de técnicos, la mayoría graduados, varios de ellos con doctorado, incluso.

Buenos sueldos, pocos gastos relativos y altos ingresos.

—Lo que ha atraído la atención de Willard.

—Exactamente. Mi padre murió y me dejó el paquete mayoritario de acciones. Willard quiso comprármelo por una cantidad ridícula. Me negué. Siguieron las amenazas. Yo insistía en mis negativas. Un día, cierto individuo me asaltó repentinamente y me arrojó a la cara el contenido de un frasco de ácido. Instintivamente, retrocedí un poco; ello evitó que el ácido me quemase los ojos. Pero el resto de la cara quedó horriblemente desfigurado.

—Puede volver a ponerse la máscara. Ahora ya lo he comprendido

—dijo Dickens, sumamente impresionado por lo que acababa de ver y oír.

—Terminaré el cigarrillo —contestó Joyce—. Bien, ¿qué me dice usted?

—¿Tiene pruebas de que el que la atacó obedeciese a Willard?

—¿Las tiene usted sobre el asesino de Belle Rose Owdurn?

—Es verdad —reconoció Dickens—. Pero ¿cómo sabe usted...?

—Leo los periódicos —contestó Joyce sobriamente.

—Bien, pero ¿se dará por satisfecha cuando haya conseguido reducir a Willard a la condición de un mendigo?

—Es un hombre habituado al lujo y al que le gusta disfrutar de todas las comodidades que se pueden comprar con el dinero. No se puede decir que tenga unos gustos muy refinados, pero sí satisface todos sus caprichos, por costosos que sean, sin reparar en medios. ¿No es capaz de imaginarse lo que pensará cuando se vea en una esquina pidiendo limosna?

—Y usted disfrutará echando una moneda de diez centavos en su sombrero viejo.

—Será una venganza más satisfactoria que pegarle dos tiros —contestó Joyce.

—El sabor de la venganza, dulce en un principio, acaba siendo amargo —contestó Dickens sentenciosamente.

Joyce se encogió de hombros.

—Será un sabor que sólo mi paladar gustará —dijo.

—Muy bien, veré lo que puedo hacer. Pero usted ha de contestarme una cosa.

—Sí, Kim.

Dickens sonrió al ver que ella le trataba ya por el nombre.

—¿Por qué no se opera? Hoy día, la cirugía estética, hace verdaderos prodigios...

—¡No! ¡No quiero ir a parar a un quirófano!

Al joven le sorprendió la vehemencia de la respuesta. Sin embargo, no quiso insistir.

—Eso es cuenta suya —respondió—. Ahora le voy a hacer una proposición.

—Conforme —accedió Joyce, algo más calmada.

—No veo luces en la costa. Imagino que Willard, si era él, o sus secuaces, se han marchado ya. Y creo que no nos convendría

presentarnos en el puerto con una embarcación robada. Aparte de que ellos podrían estar aguardándonos allí y damos un disgusto. Opino que podemos regresar al embarcadero, sin prisas, con marcha moderada, y regresar a Pearsons ville con su automóvil.

—Es una buena idea —aprobó Joyce llanamente.

Dickers aceleró ligeramente e hizo girar el timón a su izquierda. La motora viró de bordo y su proa se encaminó hacia la costa, distante en aquellos momentos algo más de tres kilómetros.

CAPÍTULO V

A trescientos metros de la orilla, Dickers paró casi completamente la embarcación. Escuchó unos momentos; el cobertizo se veía silencioso y abandonado. Luego aceleró ligeramente.

Había un reflector en la proa de la motora, cuyo resplandor les sirvió para llegar al embarcadero sin dificultades. De pronto, la roda chocó contra algo que crujió siniestramente.

—¿Qué es eso? —exclamó Joyce.

—Silencio —dijo Dickers.

Lanzó un cabo, amarró la motora y se asomó a la proa. Un bulto humano flotaba en las oscuras aguas del embarcadero.

Dickers entrevió dos orificios: uno en el hombro izquierdo y otro en medio de la frente.

Inmediatamente, adivinó lo ocurrido.

—Han cerrado una boca comprometedora —declaró.

Joyce se estremeció. Dickers pasó a la escalera y le dio una mano para ayudarla a subir.

Empujaron la trampilla y pasaron al cobertizo.

—No hay nadie —dijo la joven.

Dickers hizo un gesto con la mano.

—Su revólver, por favor —pidió.

Joyce se lo entregó. Dickers salió del cobertizo y miró a lo lejos.

—Allí está el coche —dijo, satisfecho.

Inmediatamente, rompieron la marcha. Momentos más tarde, Dickers llegaba junto al coche.

Joyce fue a sentarse tras el volante, pero él se lo prohibió.

—Suelte el pestillo de la tapa del motor —ordenó—. Y no se le ocurra dar el contacto.

La joven obedeció, extrañada. Dickers levantó la tapa del motor. Inmediatamente, divisó un bulto extraño, que no correspondía a ninguna de las piezas del mecanismo.

—Son más listos de lo que yo pensaba —dijo.

—Dinamita —adivinó Joyce.

—Exactamente. —De pronto, Dickers bajó la voz—. Joyce, tiéndase

en el fondo del coche, rápido.

La joven hizo lo que le decían, sin comprender los motivos. De súbito, oyó un disparo.

Dickers movió el brazo. El paquete de cartuchos voló por los aires a gran distancia. Un segundo después, se tumbaba en el suelo, eludiendo así una salva de balas, procedente de una duna situada a cincuenta o sesenta pasos de distancia.

—Han elegido mal la posición —se dijo entre dientes, mientras reptaba por el suelo para separarse del vehículo.

La ametralladora tableteó de nuevo. Dickers alcanzó la protección de unos matojos y se detuvo.

A la luz de la luna podía distinguir los objetos con toda claridad. El fajo de cartuchos, después de tocar el suelo, había rodado todavía unos metros más, debido a la pendiente.

Los emboscados se hallaban en la duna situada a la izquierda.

De súbito, Dickers abrió el fuego. Los cinco cartuchos que quedaban en el tambor del arma detonaron con tremenda rapidez.

Una espantosa detonación sacudió el suelo. La arena voló a gran altura, junto con una densa nube de humo. Alguien lanzó un chillido de dolor.

Dickers se puso en pie.

—¡Joyce! —llamó.

—Estoy bien —contestó la joven.

—Salga, pronto.

Ella obedeció. Dickers la agarró por una mano y echó a correr, dando un rodeo para alejarse de la duna.

Nadie les persiguió. Minutos más tarde, jadeantes, se detenían en un punto que Dickers estimó como zona de seguridad.

—Mi auto... —dijo la joven.

—Encontraremos otro. Venga.

Quinientos metros más adelante, encontraron un automóvil escondido en el fondo de una pequeña hondonada.

—Me lo suponía —declaró Dickers—. Si querían tendemos una emboscada, no podían dejar su coche al descubierto.

La llave de contacto estaba puesta. Dickers la hizo girar. El motor arrancó en el acto, con satisfactorio sonido.

—Usted adivinó la emboscada —dijo Joyce—. ¿Cómo supo qué...?

—El pistolero herido y luego rematado. Debieron haberlo

escondido, pero lo arrojaron al agua, pensando lastrar su cuerpo más tarde. Tal vez tenían prisa..., quizá no; pero, en todo caso, cometieron un error, que no les ha beneficiado precisamente.

—También adiviné que habría dinamita en mi coche.

—Si nos habían tendido la emboscada, actuar con precauciones no costaba nada.

—Kim, es usted un hombre terriblemente astuto.

—No crea; sólo uso el cerebro con un poco de lógica, teniendo siempre en cuenta la persona con la cual me tengo que enfrentar.

—Quizá la dinamita los ha matado...

Dickers se encogió de hombros.

—No voy a entretenerme en averiguar su estado de salud —contestó secamente—. Oriénteme, ¿quiere? —solicitó—. Yo vine aquí en estado de inconsciencia y no tengo la menor idea del lugar en que nos hallamos.

Joyce asintió. Al cabo de unos segundos, él hizo una pregunta:

—Dígame, ¿quién le hizo la máscara que usa habitualmente?

—No creo que le importe mucho. ¿Por qué lo dice?

—Realmente, no me importa..., pero, aunque se parece, por lo que yo recuerdo, no es su rostro, el auténtico, me refiero.

—Nunca volveré ya a tener mi rostro auténtico —contestó Joyce con acento lleno de pesimismo.

* * *

Los periódicos traían noticias muy jugosas al día siguiente.

En determinado lugar de la costa, había aparecido el cadáver de un hombre, horriblemente destrozado por una explosión que, de momento, se consideraba como de origen desconocido. Otro más había aparecido en un embarcadero particular, con dos balazos, uno de los cuales le atravesaba el cráneo.

Había señales de que más hombres habían resultado heridos por la explosión, pero sus cuerpos no habían sido habidos. Dickers leyó las noticias, mientras desayunaba algo tardíamente en la cafetería situada inmediatamente frente a su casa.

De pronto, se le ocurrió una idea. Hizo una señal y la camarera le trajo un teléfono, que conectó a una toma situada al pie de la mesa. Instantes después, estaba en contacto con Joyce.

—Voy a pedirle una cosa —dijo—. Denuncie el robo de su coche. Tuvieron que llevárselo los supervivientes, entre los cuales es muy posible que estuviera el propio Willard. De este modo, les pondrá en un compromiso...

—Lo siento —respondió la joven—. Mi doncella acaba de avisarme que el coche está frente a la puerta del jardín.

—Son listos, ¿eh? Se dieron cuenta de que podía ponerles en un apuro y...

—¿No hizo usted lo mismo con el coche de Willard? ¿Dónde lo abandonó, después de que usted me dejó en casa?

—Tiene razón —contestó Dickers riendo—. Bueno, yo no sé a ciencia cierta dónde vive Willard, pero dejé su coche a unos siete u ochocientos metros de mi casa. Luego cubrí el resto del camino a pie y... Perdone la molestia, Joyce.

Depositó el auricular en la horquilla e hizo una señal. La camarera se llevó el teléfono.

Continuó desayunando.

Un hombre se sentó de pronto frente a él.

—Hola, sabueso —dijo.

—¿Qué tal, Nombre Falso? —contestó Dickers.

—Tienes el periódico abierto por la sección de sucesos.

—Lo hago a diario, deberías imaginártelo.

—¿Qué opinas de la matanza de Lonely Beach?

Dickers hizo un gesto ambiguo.

—Cosas de pistoleros —respondió.

—Los dos muertos eran empleados de E.

P. Wi

llard.

—He oído hablar de ese tipo y no para bien. Supongo que tendrá muchos enemigos.

—Como todo hombre de preeminente posición social, sabueso.

—Joe, dime, ¿en qué basa Willard su posición social? No en negocios limpios y honestos, o en ser un artista famoso y respetado...

—La gente le concede ese rango y es suficiente.

—¿También para ti, Joe?

—Me revienta, francamente, pero, a veces, tengo que atender demandas de mis superiores. Willard ha denunciado el robo de su

coche y te acusa.

Dickers rió.

—Absurdo, Joe. No tiene pruebas —contestó.

—Alguna tendrá cuando te acusa, Kim.

—Sólo podría emplear contra mí las huellas dactilares y, te lo aseguro, no encontrará ninguna.

El sargento Smith sonrió.

—Me alivia oírte hablar así, Kim —dijo.

—No soy tan tonto, Joe. ¿Sabes que anoche querían ponerme unos zapatos de cemento?

Smith mostró asombro al oír aquellas palabras. Dickers relató cuanto le había sucedido la víspera, incluyendo su salvamento por Joyce Ginnison.

—No me gusta dejar nada al azar, mientras me es posible, así que antes de dejar el coche de Willard, limpié bien el volante, la portezuela y el tablero de mandos. Además, tú no vas a decir dónde está el vehículo, así que pasarán horas o tal vez días antes de que los de Tráfico adviertan mi coche estacionado más de lo común en una calle cualquiera. Naturalmente, no lo dejé en lugar prohibido ni mucho menos frente a una boca de riego.

Su posición es perfectamente legal, ya que ni siquiera hay parquímetros.

—Pensaste en todo —sonrió Smith.

Dickers hizo un gesto de modestia.

—Trato de ser... resbaladizo. Y, a propósito, dime una cosa: ¿Se sabe quién fue el que quemó la cara de Joyce con el ácido?

—No, nunca ha aparecido ese individuo.

—Yo lo buscaré —prometió Dickers.

—No me pongas en un compromiso, Kim —rogó el sargento.

—Eres mi amigo. Y aunque sé que tus superiores te pueden apretar, tal vez no de muy buena gana, procuraré en todo momento dejarte fuera del asunto. Pero, en confianza, tú también estás deseando que alguien le de una buena a Willard. —Sí— confesó el policía.

* * *

—¿Podemos charlar un momento, Dude Meeley? —consultó Dickers.

El interpelado miró fijamente al hombre que se había sentado frente a él. Meeley tenía alrededor de cuarenta años, era más bajo que Dickens y ofrecía ya síntomas de una inevitable calvicie, lo que, junto con sus ojos ratoniles y la nariz ganchuda, le confería el aspecto de lo que era realmente: un tipo astuto, inteligente y amigo de conocer secretos de todo el mundo.

—¿Qué tarifa me va a aplicar? —preguntó.

Dickens rió suavemente.

—Tú lamentas infinito no vivir en la época en que sólo se usaban monedas de oro o plata —dijo—. Te gustaría contarlas, lavarte las manos en una caja llena de ellas..., pero, bien mirado, los billetes suplen perfectamente su falta.

—Desde luego, aunque no he visto todavía a un médico que ponga fundas de papel moneda en la dentadura.

—Eres chistoso, Dude. Sólo quiero unos cuantos nombres. Fija tú mismo el precio.

—Me gustaría estar empleado permanentemente con usted. Los dos ganaríamos mucho más.

—Y la Seguridad Social y los Sindicatos, también —contestó Dickens irónicamente—. Algún día tendríamos diferencias salariales y me harías un plante... En serio.

Dude, estoy mejor solo, y no lo digo por despreciarte. Pero tú me comprendes, ¿no?

—Está bien. Cien «pavos».

—Una tarifa algo elevada, me parece.

—Ella puede pagarlo, Kim.

Dickens sonrió.

—De modo que ya lo sabes —dijo.

—Nunca revelo mis fuentes de información —contestó.

—Bien, no discutamos ese asunto. Dame los nombres de los tipos más conspicuos que trabajan, y tú sabes a qué me refiero, con Willard.

—Perfectamente. Anote.

Dickens sacó una agenda y fue escribiendo mientras el confidente le dictaba. Al terminar, hizo una pregunta:

—Dos nombres más, Dude.

—¿Sí? Cincuenta más por cada nombre, Kim.

—O. K. Primero, el tipo que disparó contra Belle Rose Owdurn.

—Jack Darren.

—Segundo: el que lanzó ácido a la cara de Joyce.

—Sloopy Simmons.

—¿Domicilios?

—Le diré los sitios a los que suelen acudir con frecuencia.

—Conforme.

Dickers tomó algunas notas más. Luego sacó un rollo de billetes, separó diez de a veinte y se los entregó al confidente.

—Gracias, Dude —se despidió.

Valía la pena haber invertido doscientos dólares. Eran unos informes, además de seguros, sumamente valiosos.

CAPÍTULO VI

El hombre salió del bar en compañía de una estupenda rubia, cuya cintura rodeaba posesivamente con el brazo derecho. Él dijo algo y la rubia lanzó una risita que Dickens, guarecido prudentemente en las inmediaciones, calificó de estúpida.

Momentos después, Sloopy Simmons y la rubia subían a un coche. Dickens les siguió con precaución. Veinte minutos más tarde, la pareja se apeó y entró en una casa.

Dickens se fijó en el número. No lejos había una taberna. Entró, pidió una taza de café y luego solicitó la guía telefónica.

Momentos después, encontraba el apellido Simmons junto a un número de teléfono, que anotó inmediatamente. A continuación, buscó la cabina telefónica.

Oyó el timbre del otro teléfono y la respuesta se hizo esperar un poco, pero, al fin, percibió la voz malhumorada de Simmons.

—¿Quién es?

—¿Sloopy?

—Sí, yo mismo. ¿Qué diablos...?

—No hagas preguntas y obedece —dijo Dickens, ahuecando deliberadamente la voz—. Ven inmediatamente al Sankar's

.

—Pero...

—Tienes quince minutos de tiempo: cinco para vestirme y diez para llegar. Eso es todo, Sloopy.

Dickens cortó. Estaba seguro de que Simmons caería en la trampa.

Cinco minutos más tarde, efectivamente, el hampón subía a su coche y lo ponía en marcha. Apenas había arrancado el vehículo, un revólver se apoyó en su nuca.

—Sloopy, vas a guiar por donde yo te ordene o tus sesos saldrán por el parabrisas.

¿Está claro?

—¡Rayos! —juró Simmons—. ¿Quién diablos es...?

—No hagas preguntas, cierra el pico y sigue recto. Por ahora.

Después ya te indicaré el camino.

Simmons apretó los labios. Dickers notó cierta tensión en sus hombros y amartilló el revólver.

—Si mueves bruscamente el volante, ese gesto hará que el arma se dispare por sí sola, antes de que tengas tiempo de apartar la cabeza —advirtió severamente.

El hampón se dio cuenta de la crítica situación en que se hallaba y empezó a sudar.

—Pero ¿qué demonios quiere de mí? ¿Por qué...?

—¡Silencio, Sloopy!

Simmons juntó las mandíbulas. Estaba atrapado y no podía hacer nada.

Poco después, Dickers le indicó una nueva ruta. Un cuarto de hora después, salían de la ciudad y tomaban la carretera que serpenteaba por las colinas que formaban como un amplio anfiteatro en torno a la urbe.

Cinco kilómetros más adelante, Dickers le ordenó tomar por un camino solitario. Simmons se dio cuenta de que se dirigían hacia la zona de acantilados, habitualmente desierta.

Al cabo de un tiempo que le pareció interminable, oyó por fin la orden de detención. Pero casi en el mismo momento, sintió un fuerte golpe en la cabeza, aunque no perdió del todo el conocimiento.

Sin embargo, se sentía sin fuerzas y muy mareado. Notó que le quitaban la pistola y que le sacaban a rastras del coche. Vagamente percibió el golpeteo de las olas contra las rocas y luego se dio cuenta de que le ataban las manos.

Acto seguido, Dickers, que había ido prevenido para la ocasión, ató una sólida cuerda en torno a la cintura del hampón. Después lo suspendió en el vacío, atando el otro extremo de la soga a un saliente rocoso. Simmons quedó así suspendido en un precipicio vertical, de más de treinta metros de altura y a unos dos del borde.

Sonriendo, Dickers, seguro de la soledad del lugar, se tumbó de bruces en el suelo y encendió un cigarrillo. Luego enseñó una afilada navaja.

—Sloopy, puedes gritar todo lo que quieras, pero nadie te oirá, tenlo por seguro —dijo—. Ahora bien, necesito un nombre. Tienes dos opciones: callar o decirme ese nombre. Pero si optas por callar,

cortaré la cuerda.

Los ojos del hampón fueron a la línea blanquecina de espumas que se divisaba a treinta metros bajo sus pies. Un sudor frío inundó su cuerpo en el acto.

—¿Cu... cuál es el nombre? —preguntó.

—Ah, veo que nos vamos entendiendo —sonrió Dickens—. Alguien te mandó arrojar un frasco de ácido a la cara de Joyce Ginnison.

—Sí... Lo diré, pero, por favor, sáqueme de aquí... —gimoteó el aterrado individuo.

—Habla primero —exigió Dickens, implacable.

—Carlton Holliday...

—¿Quién es ese fulano?

—Tra... trabaja para un tal Willard...

—¿Te pagó mucho?

—Quinientos...

Dickens no se pudo contener y lanzó un salivazo a la cara del hampón.

—Miserable —le apostrofó.

—Ya le he dicho lo que sabía —lloró Simmons—. Ahora, sáqueme de aquí...

—Por la mañana, si hace buen tiempo, suelen venir turistas a disfrutar del panorama. Grita y te oirán; ellos te izarán hasta la tierra firme.

Dickens tiró su cigarrillo al vacío y dio media vuelta. Simmons lanzó un horrible chillido, pero no le hizo el menor caso.

—Es lo menos que se merece, pasar unas horas de angustia, colgado ahí —se dijo.

El propio coche de Simmons le sirvió para llegar a las cercanías de la ciudad. Como en el caso de Willard, limpió bien sus huellas dactilares y luego empleó un taxi para llegar a su casa.

Cinco minutos después de haberse ido, un hombre se acercó al acantilado.

—Sloopy —llamó.

—¿Qué...? ¿Quién es? Sálveme...

—Oye —preguntó el hombre—, ¿qué le has dicho a Dickens?

—Na... nada... He resistido...

—No me hagas reír. Dickens no te colgó ahí por nada. Habla o corto la cuerda.

De nuevo se echó a llorar Simmons.

—No tenía otra solución... —dijo.

—Entonces, lo sabe.

—Sí... Diablos, qué otra cosa podía hacer...

—Ya entiendo. Bueno, hombre, no te preocupes.

Una navaja brilló en la mano del recién llegado. Simmons lanzó un agudo chillido.

—¡No, por favor! —suplicó.

Pero el otro no le hizo el menor caso. Un par de tajos más bastaron para cortar la cuerda.

La garganta de Simmons exhaló un espeluznante alarido al sentirse volar en el vacío. El otro se inclinó para contemplar la caída con morbosa satisfacción.

Simmons chocó a quince metros contra un saliente y rebotó, con tétrico chasquido de huesos. Su cuerpo describió una larga parábola, antes de hundirse en las espumeantes ondas que batían constantemente la base de los acantilados.

* * *

Joyce miró con sorpresa a su temprano visitante.

—Muy madrugador le veo, Kim —observó.

—He venido a ver si me invita a desayunar —sonrió él, a la vez que se quitaba el sombrero—. Y mientras tanto, si le parece, podemos charlar.

—No hay inconveniente. Pase, daré orden de que preparen desayuno para dos. —Gracias. Oiga, una pregunta, Joyce.

—Diga —contestó ella con tranquilo acento.

—¿Le gusta mucho usar tacones altos?

—¿A qué viene eso, Kim?

—Hombre, me siento acomplejado... Así me pasa usted al menos cinco centímetros...

—No voy a cambiar mi indumentaria sólo por darle gusto, Kim.

—Lo siento, no quería molestarla.

Joyce le condujo a la terraza posterior. El tiempo era lo suficientemente bueno como para desayunar al aire libre.

—Imagino que no ha venido aquí solo para tomar el desayuno conmigo —dijo, tras haberse sentado.

—Encontré al tipo que le echó vitriolo a la cara.

Joyce lanzó una ahogada exclamación de asombro.

—Ha actuado con mucha rapidez —dijo.

—La señora Muskee no exageraba cuando le hizo ciertos elogios sobre mí.

—La modestia no es su virtud, ¿eh?

—Cuando uno vale, sería tonto no reconocerlo, aunque sin llegar a límites de soberbia que pudieran provocar la ceguera, mental, claro.

—Está bien, dejémonos de filosofías. Encontró al tipo que me quemó la cara y...

—Charlé con él.

—¿Se mostró dispuesto al diálogo?

—Sólo ansiaba cooperar conmigo, Joyce.

Ella le miró con suspicacia.

—¿Qué procedimiento empleó para hacerle hablar? —preguntó.

—No discutamos ahora de cosas banales —sonrió Dickens.

—Bien, pero ¿qué le dijo?

—El nombre del individuo que le pagó quinientos dólares por quemarle a usted la cara.

—¿Le sirve de algo esa declaración?

—Confirma sus sospechas sobre Willard.

—Pero no podemos probarlo.

—¿Qué es lo que quiere usted: sentarlo ante un tribunal o arruinarle por otros medios? Lo primero es prácticamente imposible; en cuanto a lo segundo, ya es más factible.

—¿Cómo?

—Tengo un plan, Joyce.

—Bien, expóngalo.

—Puede que no de resultado..., pero Willard confía mucho, para los negocios que no tienen nada de limpios, en sus esbirros y pistoleros. Mi plan, consiste, simplemente, en privarle de esa corte de forajidos que le rodea.

—¿Matándolos?

—Hay otros procedimientos, menos drásticos. Pero cuando Willard se vea solo, empezará a cometer torpezas. Entonces será cuando atacemos a fondo.

—Por algún procedimiento especial, naturalmente.

—Ya encontraré la solución...

La doncella vino en aquel momento empujando el carrito del desayuno. Dickens vio el diario de la mañana y, como no lo había leído, se apoderó de él en el acto.

—Con su permiso, Joyce.

Dickens desplegó el diario y empezó a leer las noticias de la sección de sucesos. De pronto, una exclamación brotó de sus labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven.

Dickens tenía las facciones contraídas.

—Debí haberlo sospechado —dijo.

—Pero ¿por qué no habla claro de una vez?

El periódico fue lanzado a un lado, con un ademán lleno de mal humor.

—Sucedé que soy un tonto, que no pensé que podían vigilarme y seguir todos mis movimientos —manifestó Dickens.

—¿Y ha pasado algo malo?

—Alguien cortó la cuerda y el que le quemó a usted la cara, se estrelló contra las rocas, en el acantilado de Winds Point.

Joyce mostró una sorpresa absoluta.

—¿Por qué no me lo cuenta todo de una vez? —exclamó.

Pero Dickens se puso en pie.

—Ya se me han pasado las ganas de desayunar —contestó. Y se dirigió hacia la salida.

Joyce se levantó también y echó a correr tras él. Kim se volvió.

—No me siga —rogó—. Puesto que sabían que yo, iba con Simmons, es lógico que ahora sepan también que he venido a su casa. No me conviene que la vean. Continúe haciendo su vida normal. ¿Entendido?

—Sí, pero no cometa ninguna imprudencia, se lo suplico.

—Lo que me ha pasado anteanoche hará que sea aún más precavido, de ahora en adelante —respondió Dickens.

CAPÍTULO VII

Salió de la casa, pero, en lugar de atravesar el jardín rectamente, oblicuó a su derecha, a fin de no ser visto desde la cancela, que era de hierros artísticos trabajados. Alcanzó la tapia que rodeaba el jardín y, bordeándola, llegó a la esquina que daba a West Lane.

La tapia tenía casi tres metros de altura. Dickens tomó impulso y se agarró al borde con ambas manos. Luego, lentamente, se izó hasta asomar los ojos.

West Lane era una amplia avenida, festoneada de tilos y castaños de Indias, con un tráfico relativamente poco denso. El espacio para estacionar los automóviles era más que suficiente y los que había en aquellos momentos eran muy escasos. Los habitantes de las casas, todos de un alto nivel de vida, debían estar en sus trabajos respectivos.

Por tanto, aquel automóvil que no era el suyo y que se hallaba estacionado casi frente a la verja, era sospechoso.

Había un tipo sentado ante el volante, leyendo con aire aburrido una revista. Dickens se dejó caer al suelo y regresó.

Joyce salió a su encuentro.

—¿Ha visto algo? —preguntó.

—Sí. ¿Tiene el jardín una salida posterior?

—La hice tapiar. Motivos de seguridad, que luego no me sirvieron para nada —contestó ella.

—Bien, no importa. Deme un cepillo de la ropa, por favor.

Joyce, extrañada, volvió a la casa. Cuando salió, Dickens estaba ya a caballo sobre la barda.

—Écheme el cepillo.

Joyce obedeció. Dickens lo dejó caer al suelo y luego saltó al otro lado. A continuación, se limpió el polvo de las ropas con todo cuidado y luego arrojó el cepillo por encima de la tapia.

—No se mueva ni se asome —ordenó.

Inmediatamente, echó a correr a campo traviesa. Quinientos metros más adelante, salió a la avenida. Caminó con paso normal y poco más tarde, pudo detener un taxi para volver al centro de la ciudad.

En cuanto tuvo ocasión, llamó a la joven.

—Hay un tipo en la acera de enfrente, dentro de su coche, esperando a que yo salga. Todavía cree que estoy ahí adentro. Dejémosle con esa esperanza, ¿me entiende?

—Sí, Kim.

—A propósito, mi automóvil ha quedado allí. Volveré a buscarlo en otro momento.

Adiós.

Colgó el teléfono. Por el momento, se sentía irresoluto.

Había conseguido burlar la vigilancia de uno de los esbirros de Willard. Pero la ganancia de tiempo era mínima; en cuanto se diesen cuenta de su ardid, volverían a someterle a un cuidadoso espionaje. Se preguntó si merecía la pena disfrazarse o cambiar de domicilio.

No, decidió finalmente, era mejor seguir actuando como hasta el momento, aunque con redobladas precauciones.

Mientras tomaba una taza de café en un bar, sacó su agenda y consultó la lista de nombres que le había facilitado Meely.

Por ahora debía descartar a Darren, el asesino de Belle Rose. Ya le llegaría su momento.

Baldy Feans, uno de los pistoleros de Willard, era el nombre que figuraba en primer lugar. Dickers empezó a pensar en el medio mejor para quitarlo de la circulación, sin tener necesidad de hacer trabajar al sepulturero.

* * *

Realmente, Baldy no era su nombre, sino uno más vulgar, Frederick, pero todo el mundo le llamaba así, porque tenía la cabeza como una bola de billar y no precisamente porque se la afeitase. Años atrás, una enfermedad le había dejado sin pelo y entonces fue cuando sus amigos, en lugar de llamarle Fred, le llamaron Baldy (Calvo). En un principio, Feans se enfadaba mucho, pero al cabo terminó por resignarse.

Aunque no por ello cambió de género de vida. El «empleo» era bueno, no se mataba a «trabajar», podía divertirse casi cuando quería y, por si fuera poco, tenía un sueldo magnífico. Claro que de cuando en cuando era preciso apalear a alguien o, si se terciaba,

apretar el gatillo de un arma, pero, si bien Baldy dormía lo corriente, su conciencia estaba dormida desde hacía muchísimos años y no le molestaba en absoluto.

Aquella noche, regresó a su casa ya bien entrada la madrugada. Ocupaba un departamento compuesto de dos habitaciones, baño y cocina. Una mujer se encargaba de limpiarlo. En el piso no había nada que pudiera comprometerle; Baldy era muy cuidadoso al respecto.

Y, por otra parte, vivía en un edificio donde a nadie le importaba lo que hiciera el vecino. Baldy llegó muy «cansado», después de vigilar toda la noche el comportamiento de los clientes de una importante sala de fiestas, y se dispuso a acostarse.

Entonces fue cuando divisó un paquete encima de una mesita, situada delante de un diván, en la salita. Supuso que habría llegado durante su ausencia y que lo habría recogido la mujer de la limpieza, por lo que se dispuso a abrirlo.

Dentro del paquete había una diminuta grabadora y, encima, un mensaje muy escueto:

HAZ FUNCIONAR EL MAGNETOFONO

Feans oprimió la tecla correspondiente. Casi en el acto, se oyó una voz:

—Baldy, te aconsejo abandones Pearsons ville cuanto antes. Éste es mi primer aviso. El segundo, será un poco más contundente. De momento, me limito a avisarte. La grabación se autodestruirá dentro de cinco segundos: ¡Cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno...! Feans dio un salto hacia atrás y contempló la maquinita con ojos hipnotizados. Pero no oyó ninguna detonación ni salió el menor chorro de humo después de la cuenta de cinco segundos.

—¡*BOOM!* —dijo una voz burlona.

Y luego sonó una estruendosa carcajada.

Loco de rabia, Feans saltó sobre la mesita, agarró la grabadora y la arrojó al suelo, taconeándola luego hasta destrozarla por completo.

—Si encuentro al autor de esta broma...

A las diez de la mañana, sonó el teléfono.

Feans había pasado una noche infernal y le costó mucho despertarse. Al fin, dando tumbos, abandonó la cama y acudió a la sala.

Levantó el aparato. Alguien dijo:

—Baldy, vete de la ciudad.

—¡Maldita sea! ¿Quién es usted?

—Eso no importa. Vete de la ciudad o acabarás en el cementerio.

Ah, y cuando termine esta comunicación, no cuelgues el teléfono: la presión hará explotar la bomba que hay en la caja.

Alguien lanzó una estruendosa carcajada al otro extremo del hilo.

Feans, aterrado, dejó el teléfono sobre la mesita, muy lentamente, con infinito cuidado, temiendo que se produjera la explosión en cualquier momento.

Primero pensó en arrancar el hilo, pero abandonó la idea en el acto.

La bomba podía estallar por simple percusión, con lo que no arreglaría nada. Lo mejor era marcharse de casa.

Minutos después, salía a la calle. Su coche estaba a pocos metros.

Entró, metió la llave de contacto y dio media vuelta.

Una enorme humareda brotó inmediatamente del motor. Feans lanzó un chillido de pánico, saltó del automóvil inmediatamente y huyó a la carrera, lanzando gritos de demente.

Sentado ante la mesa de un café cercano, Dickens contempló la escena y sonrió para sí. El proceso de «ablandamiento» de Feans empezaba a dar sus frutos.

* * *

—Me han amenazado —dijo Feans.

—¿Quién? —preguntó Carlton Holliday, sentado tras su mesa de despacho en el

Sankar's

.

—No lo sé... Quiere matarme... Me envió una nota amenazadora en un magnetófono, ha puesto una bomba en la caja del teléfono, otra en el coche... Tiene que hacer algo, jefe —suplicó Feans.

—Baldy, tú eres un tipo de pelo en pecho... —Holliday tosió repentinamente, porque había olvidado que la pérdida de vello de Feans era absoluta—. Quiero decir que eres un tipo valiente y no debes...

El teléfono sonó de pronto. Holliday se lo llevó a la oreja.

—Quiero hablar con Baldy —dijo alguien.

Holliday pasó maquinalmente el aparato a su subordinado.

—Es para ti —indicó.

Feans tomó el teléfono.

—Baldy, en cuanto tengas un minuto de tiempo, ve al cementerio. Encontrarás algo muy interesante.

La voz se calló de repente. Feans separó el teléfono de la oreja y miró desconcertado a Holliday.

—Tengo que ir al cementerio...

Holliday pegó un salto en el asiento.

—¿Qué diablos vas a hacer allí? —preguntó.

—No lo sé... La voz me ha dicho que vaya...

Los labios de Feans temblaban perceptiblemente. Holliday juntó las mandíbulas.

—Iremos los dos —dijo—. Y Ruck nos acompañará también. ¡Andando!

Todavía había luz de día cuando los tres hombres llegaron al cementerio. El vigilante salió a su encuentro y les preguntó si deseaban algo en particular.

—Han dejado un mensaje para mi amigo, Baldy Feans —dijo Holliday.

—¿Feans? Ah, sí, ahora recuerdo. Vengan, por favor.

El trío de hampones siguió al vigilante. Minutos después, estaban ante una tumba recién abierta, en cuya cabecera se veía una lápida con una inscripción: FREDERICK FEANS.

—Mañana será el entierro —dijo el vigilante—. La muerte de su hermano ha debido de representar un duro golpe para usted, señor Feans. Permítame que le exprese mis condolencias...

—¡No me exprese nada! —chilló el pistolero—. ¡Esa tumba es para mí!

Holliday tenía la boca abierta. De pronto, lanzó un juramento.

—Ya me imagino quién hace todas estas cosas —dijo—. Regresemos; voy a darle una lección que no olvidará jamás.

Seguido de sus compinches, Holliday abandonó el cementerio, en cuya explanada exterior estaba el automóvil que los había transportado hasta aquel lugar. Ruck Segal se encargó de la conducción. Feans se sentó a su lado y Holliday lo hizo en la parte posterior.

A unos doscientos metros, había una curva. Segal levantó el pie del

acelerador y pisó el del freno.

El coche siguió rodando a la misma velocidad.

—¡Cuidado! —gritó Holliday.

—¡Los frenos! —aulló Segal—. ¡No responden!

El coche, que rodaba a unos setenta kilómetros por hora, se salió del camino y descendió dando tumbos por una pendiente cercana.

Afortunadamente, no encontró un árbol en su camino, aunque sí una zanja cuyo trazado era oblicuo a la trayectoria del automóvil.

Unos segundos más tarde, tres magullados individuos salían a gatas del vehículo volcado. Feans casi lloraba.

—Me voy... Ese individuo acabará conmigo...

Y antes de que Holliday y el otro pudieran detenerle, echó a correr, perdiéndose de vista a los pocos segundos.

El puño de Holliday se alzó con gesto amenazador.

—Dickers, en cuanto te ponga la mano encima —dijo.

Luego, casi de repente, se dio cuenta de que la rodilla le dolía horrorosamente. A su lado, Segal trataba de enjugarse la sangre que le brotaba por un corte que se había hecho en una mejilla al volcar el coche.

—Jefe, cuente conmigo para quitar a ese individuo de en medio —manifestó, lleno de cólera.

* * *

Con Segal, Dickers empleó otro procedimiento.

Noches más tarde, cuando regresó a su departamento, Segal se encontró con un par de hombres de paisano.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó, muy sulfurado.

Uno de los individuos le enseñó una carterita.

—Sargento Mulbertson, de Estupefacientes —se presentó.

—Oiga, yo nunca he tenido nada que ver con drogas... Además, ¿cómo diablos han entrado aquí, sin permiso...?

Impasible, Mulbertson le enseñó un documento.

—Aquí tiene el permiso, firmado por el juez del distrito —dijo.

—Pero no hay drogas...

—Martín, enséñale lo que hemos encontrado.

El otro agente sacó una cajita, en la que había varios sobres de aspecto más que sospechoso.

—Heroína —dijo, lacónico.

Segal palideció. De pronto, oyó un chasquido.

Algo frío tocó sus muñecas. Bajó la vista y contempló estúpidamente las argollas de acero que unían sus manos.

El sargento Mulbertson le empujó hacia la salida con muy poca ceremonia.

—No sé por qué será, pero he oído que el juez Thomaston siente una especial antipatía hacia los traficantes de drogas —dijo.

Segal bramaba de rabia interiormente. Hubiera querido gritar que se trataba de una trampa, pero hartó sabía que nadie creería en sus protestas de inocencia.

CAPÍTULO VIII

—Algo hemos conseguido ya —dijo Dickers.

Joyce llenó su taza de café. De nuevo había vuelto Dickers a desayunar en casa de la muchacha.

—¿Cree que es un buen plan para arruinar a Willard? —preguntó, escéptica.

—De momento, estamos dando los primeros pasos. Algo que nos conviene mucho es ponerle a él nervioso. Opino que debe de estarlo, después de que dos de sus pistoleros están fuera de combate. Uno ha abandonado la ciudad, presa del pánico, y otro está en la cárcel, acusado de tráfico de drogas.

—Lo cual, en el fondo, es una calumnia.

—No tanto. Ninguno de esos sujetos está «limpio» de una cosa así; lo que pasa es que hasta ahora nadie había podido probarlo.

—Y usted...

—Yo entré en su casa y dejé allí una docena de gramos de heroína. No es gran cosa, pero, al menos, servirá para mantenerle apartado de la circulación durante algún tiempo.

—Willard tiene dinero. Contratará más pistoleros.

—Lo sé, y todavía quedan otros en cartera. Pero este asunto no es cosa que se pueda hacer en un día.

Joyce se quedó pensativa unos momentos.

—Hay algo que no me acaba de gustar en todo esto —dijo al cabo.

—¿Tal vez mis procedimientos?

Ella asintió.

—Me gustaría hacerlo de un modo digamos... más legal, que todo el mundo viera que Willard recibía el castigo de sus crímenes...

—Está usted pidiendo poco menos que un imposible. No hay pruebas que permitan formular una acusación legal contra Willard. Sólo podemos actuar de este modo y, poniéndole nervioso, obligarle a dar un paso en falso.

—Usted entró en casa de Grattan y quemó una serie de documentos comprometedores. ¿Por qué no hace lo mismo con Willard? Claro que en este caso no convendría quemar los documentos...

—Eso no vale.

—¿Por qué?

—Un buen abogado conseguiría derrotar a la acusación, basándose en que las pruebas habían sido conseguidas de un modo ilegal. Pero, además, la casa de Willard está infinitamente más vigilada que la de Mark Lou Grattan y, además, está sobre aviso, cosa que no sucedía con el otro.

—Sí, es verdad —reconoció ella desanimadamente—. Entonces, ¿hemos de darnos por vencidos?

—¡Mujer! —exclamó él con jovial acento—. Pero si no estamos más que en el principio. Tenga un poco de paciencia... y dígame por qué no quiere operarse de la cara.

Dickers había formulado la petición, con ánimo de desviar la atención de la muchacha.

Pero ella volvió a ponerse muy nerviosa.

—No vuelva a mencionar jamás una cosa semejante —dijo—. Se lo ordeno. ¿Estamos?

Dickers se encogió de hombros.

—La cara es suya, pero con ese tipo...

—¡Por favor!

Dickers terminó el café y se puso en pie. —Adiós, tengo trabajo— se despidió.

* * *

Llegó a su piso y abrió la puerta. Pero casi en el acto se detuvo, cuando ya su mano se apoyaba sobre el interruptor de la luz.

Un intenso olor golpeó su rostro. Dickers sintió que su frente se humedecía en el acto.

Retiró la mano. El piso estaba inundado de gas.

Una fracción de segundo había significado la diferencia entre la vida y la muerte. Si hubiera encendido la luz, el interruptor habría emitido una minúscula chispa, que habría sido más que suficiente para provocar la explosión del gas almacenado en el departamento. Poniéndose un pañuelo ante la nariz, corrió a la ventana de la sala y la abrió de par en par. Luego hizo lo mismo con las restantes y, por fin, se dirigió a la cocina y cerró las llaves del gas.

La atmósfera se despejó rápidamente. Dickers pudo encender las

luzes. Entonces, respiró aliviado.

Era evidente que Willard había decidido contraatacar. El juego se había hecho mortal.

Tendido en la cama, reflexionó durante unos minutos. El asunto, en lugar de derivar a una solución satisfactoria, daba la sensación de complicarse más, sin que se vislumbrara un fin próximo.

De pronto, sonó el teléfono.

Alargó la mano y dijo:

—Dickers.

—¿Está vivo todavía? —La voz sonaba burlona, irónica—. Ya sabíamos que olería el gas y se abstendría de encender la luz, pero ¿qué me dice si el próximo día, conectamos una bomba al interruptor?

—Usted es Holliday, ¿verdad?

Hubo una pausa de silencio. Dickers añadió:

—Gracias por reconocerlo. Pero esta noche, cuando se vaya a dormir, mire bajo la cama.

—¿Qué hay allí? —gritó el individuo.

—Un nidal de tarántulas. La simple presión de su cuerpo, soltará un resorte y se abrirá la tapa de la caja. Al menos media docena de arañas escaparán; percibirán el calorillo de su cuerpo y...

Se oyó un feroz chillido. Dickers lanzó una carcajada y colgó el teléfono.

Pero no por ello echó en saco roto la advertencia de Holliday. También él había recibido un aviso y la próxima vez, la bomba conectada al interruptor de la luz no expelería un olor tan característico como el del gas.

Había que hacer algo. Pero por el momento, no se le ocurría ninguna idea.

Joyce le llamó a la mañana siguiente.

—Kim, venga pronto. Pasa algo grave —dijo.

—¿No puede adelantarme algo por teléfono? —solicitó él.

—Fanny Muskee.

Dickers respingó.

—¿Otra vez se ha metido en líos?

—Kim, trate de entender. Es el mismo lío.

Hubo un momento de silencio. Dickers pensó por fin que no era el momento de discutir por teléfono.

—Está bien; iré lo antes que pueda —contestó.

Inmediatamente saltó de la cama y corrió al baño. Un cuarto de hora más tarde, seco y aseado, empezaba a vestirse.

Entonces fue cuando le pareció escuchar un ruidito sospechoso en la sala.

* * *

Tenía los zapatos en la mano y los dejó en el suelo. Descalzo, caminó silenciosamente hasta la puerta y se asomó con toda precaución.

Había un hombre arrodillado en el suelo, haciendo algo junto a uno de los sillones próximos a la puerta de entrada. El individuo estaba vuelto de espaldas a él.

Dickers se movió como un gato, sin causar el menor ruido. La primera noticia de que el intruso había sido sorprendido, fue el contacto del cañón de un revólver que se apoyaba detrás de su oreja izquierda.

Al mismo tiempo, el revólver fue amartillado. El intruso oyó el chasquido y se inmovilizó. —Así me gustas— sonrió el dueño de la casa—. ¿Quieres ponerte, en pie, con las manos detrás de la nuca?

El hombre obedeció. Rápida y diestramente, Dickers le despojó de un enorme pistolón del cuarenta y cuatro que llevaba en una funda axilar.

—Siéntate —ordenó a continuación.

La orden fue cumplimentada sin objeciones. El intruso se sentó en un sillón próximo a una ventana, cuyas cortinas estaban aún corridas, desde la noche anterior. Situado a cierta distancia de su prisionero, Dickers examinó las cosas que habían quedado por el suelo.

Vio una caja oscura, de forma oblonga, y un fino hilo de metal que sobresalía de la misma. El hilo serpenteaba por el suelo, lo que le indicó que todavía no había tenido tiempo de ser puesto en tensión.

En unos segundos comprendió la trampa. El hilo quedaría muy cerca de la puerta, a medio palmo del suelo. La caja, por mediación de unos tornillos, quedaría fijada al suelo. Cuando fuese a entrar, uno de sus pies tropezaría con el hilo y ello haría funcionar la espoleta, que provocaría la deflagración de los explosivos

contenidos en la caja.

—Debiste haberte cerciorado de que yo no estaba en casa —dijo.

El forajido apretó los labios. Dickers decidió que no merecía la pena perder tiempo.

—Tengo que irme —añadió—. Hablaremos en otro momento.

El hampón se levantó de pronto.

—Usted no me va a matar a sangre fría...

—Cierto, pero usaré algo mejor para los dos.

Cuando el sujeto se le echaba encima, Dickers, con el revólver en la otra mano, disparó el puño derecho. Una mandíbula crujió y su propietario se quedó sin conocimiento en el acto.

Dickers agarró al hampón por debajo de los brazos y lo volvió a dejar en el asiento contiguo a la ventana. De pronto, se le ocurrió una idea.

Apartó un poco las cortinillas y miró hacia el edificio frontero, situado a unos cincuenta metros. Tal vez había alguien espionando la casa, a fin de proteger la acción del intruso. Dickers se dio cuenta de que ambos tenían una complexión muy aproximada y, sin el menor escrúpulo, cambió de chaqueta, poniendo la suya al pistolero.

El sombrero estaba en el suelo. Dickers se calzó y lo agarró al salir. Pero, de pronto, recordó algo y se volvió.

Descorrió las cortinas. Una revista quedó sobre las rodillas del hampón desmayado, con las manos situadas encima. Si alguien vigilaba, vería al dueño de la casa, sentado, leyendo tranquilamente.

La caja con los explosivos quedó hábilmente escondida. Dickers bajó a la calle, salió y caminó pausadamente a lo largo de la acera.

De pronto, oyó unos chillidos de terror.

Volvió la cabeza. Un cuerpo humano volteaba por los aires, en una vertiginosa caída a la calle. Chocó contra el techo de un automóvil y rebotó con tremendo ruido, cayendo a la calzada, medio segundo antes de que un pesado camión de mudanzas llegase al lugar del suceso.

El conductor del camión aplicó los frenos sin esto. Las ruedas del enorme vehículo aplastaron literalmente el cuerpo del caído, dejándolo reducido a una pulpa sanguinolenta.

Dickers aprovechó la confusión para escapar sin ser advertido.

Dobló la primera esquina y, a cien metros, paró un taxi y dio a su conductor la dirección de Joyce Ginnison.

Mientras encendía un cigarrillo, dio en pensar lo ocurrido. No había más que una explicación posible. El hampón había despertado, poniéndose en pie en el acto. Alguien, en la casa del otro lado de la calle, le había tomado como blanco de su rifle, seguramente, provisto de silenciador, ya que no se había oído ninguna detonación.

Los hombres de Willard estaban dispuestos a eliminarle a cualquier precio. Para el del rifle, la ocasión más propicia se le había presentado al verle en pie, junto a la ventana. El herido, sin duda, se había inclinado hacia ella, rompiendo los cristales y precipitándose a la calle.

Dickers rió para sí. A Willard le iban a crujiir los dientes de rabia cuando supiera que aún estaba con vida.

* * *

Joyce le recibió sumamente agitada. Dickers se extrañó de no ver en la casa a la señora Muskee.

—Hemos conversado brevemente por teléfono, pero ha sido suficiente —explicó—. El chantajista ha vuelto a hacer de las suyas. Pero ahora le pide el doble.

Dickers se sentía atónito.

—Pero ¿cómo es posible? —murmuró—. Yo quemé todos los documentos comprometedores...

Por toda respuesta, Joyce le tendió una carta.

—Lea —indicó.

El joven obedeció. La carta decía:

«A partir de ahora, su cuota mensual será de 3000 dólares. Deberá enviar el dinero en la forma acostumbrada o su esposo recibirá las fotografías. Fechas de pago: del 1 al 4 de cada mes. Pasado el día 6, se considerará que no desea pagar y procederemos en consecuencia».

No había más, ni fecha ni firma. Dickens se abanicó la cara con el papel, mientras se concentraba en sus pensamientos.

—Oiga, antes me dijo que Fanny le habló por teléfono... —recordó de pronto...

—Sí, echó la carta al correo ayer, para que yo se la enseñara a usted. Pero yo no he sabido nada hasta esta mañana. Ella me telefoneó y después he revisado mi correspondencia. Entonces ha sido cuando encontré la carta que el chantajista envió a Fanny.

—Una explicación muy lógica. ¿Y las fotografías?

—Hombre, no pretenderá usted tanto... Las tendrá ella, supongo; pero no los negativos.

Dickens meneó la cabeza.

—Algunas mujeres se merecerían pagar no tres mil, sino tres millones, por su idiotez —dijo—. Bueno, también los hombres, no vaya a creer que hago discriminación de sexos en cuanto a imbecilidad. De modo que ahora tiene que pagar tres mil dólares mensuales.

—Así es, Kim.

—El chantajista no es tonto, no le pide una enorme cantidad de un solo golpe, a cambio de los negativos.

Prefiere el goteo mensual, lo que le produce unos ingresos fantásticos. ¿Sabe cuánto puede ganar ese individuo?

—No he calculado cifras...

—Es un tipo muy listo e, indudablemente, conoce bien a sus víctimas. Unas podrán pagar tres mil y otras algo menos; pero tomando dos mil dólares como media por cada uno de los extorsionados y teniendo en cuenta que deben de ser alrededor de un centenar, resulta que todos los meses se embolsa bonitamente cosa de doscientos mil dólares.

Joyce se quedó pasmada.

—Es una suma enorme —exclamó.

—Alrededor de dos millones y medio cada año —sonrió Dickens.

—Grattan es un canalla...

—Sí, pero yo siempre lo he dicho: él es el que, en cierto modo, da la cara. Sin embargo, pienso que hay otro más alto que él.

—¿Quién? —preguntó Joyce.

—No lo sé. Sin embargo, además de que se mantiene oculto en la sombra, es un individuo terriblemente astuto, porque guardaba

copias de todos los documentos y fotografías que Grattan tenía en su caja fuerte.

—Pero las copias...

—Mire, imagínese que es usted la extorsionada y que un chantajista tiene unas fotografías suyas y los negativos en su poder. Usted se arregla con el chantajista y éste le devuelve fotografías y negativos. Pero ha podido obtener una copia de cada fotografía, con lo que, automáticamente, podrá reproducirlas siempre que quiera, sin necesidad de negativos, fotografiándolas de nuevo y haciéndolas ampliar convenientemente. Y lo mismo se puede decir de cualquier documento, ¿comprende?

—Lo que significa que el que cae en manos de un chantajista, ya no puede sentirse libré nunca.

—Depende de los casos. En éste, por lo visto, la quema del contenido de la caja fuerte no fue suficiente.

—Bien, pero ¿qué va a hacer usted?

—Joyce, ahora estoy empeñado en otro asunto...

—Aprecio muchísimo a Fanny. Está sinceramente arrepentida de lo que hizo; adora a su marido y es muy feliz con sus tres niños. Ayúdela; lo mío puede esperar.

—¿Incluso la operación estética de su cara?

Joyce pateó el suelo con furia.

—¿Cuándo va a dejar de mencionar ese tema? —gritó, muy irritada

—. ¿Ayudará a mi amiga o no? Contésteme, se lo ruego.

Dickers sonrió.

—No se hable más; acaba de darme una orden —contestó.

CAPÍTULO IX

Seguido de sus dos fieles esbirros, Solly Tautbaum y Wallace Jones, Mark Lou Grattan entró en su despacho. Dio la luz desde la puerta y avanzó hacia la mesa de trabajo.

Tautbaum se dispuso a cerrar la puerta. Al hacerlo, vio la boca del cañón de un revólver que le apuntaba a la cara.

—Je..., jefe... —dijo, tragando saliva.

Los otros dos se volvieron en el acto. Su sorpresa fue mayúscula al ver a un intruso en la estancia.

—¡Dickers! —gritó el dueño de la casa.

—Yo mismo. Por favor, las manos en alto —ordenó Dickers—. No me gustaría tener que hacer un agujero a alguno de los presentes.

Amedrentado, Tautbaum retrocedió hasta unirse a los otros dos. Entonces, Dickers empujó con el pie izquierdo un par de rollos de cuerda fina y fuerte que había traído consigo.

—Solly, Jones, coloquen al señor Grattan boca arriba sobre su mesa y átenlo convenientemente a las patas, por los pies y las muñecas. Háganlo como si fuera yo mismo —ordenó.

Los esbirros vacilaron. Dickers hizo fuego una vez, sin temor a los ruidos, porque esta vez había puesto silenciador a su revólver.

Solly Tautbaum pegó un chillido al sentir la quemadura de la bala bajo la oreja izquierda.

—La próxima vez tiraré un poco más al centro —dijo Dickers plácidamente.

El «estímulo» actuó sobre los dos sujetos, que se apresuraron a cumplir la orden.

—Bastará con una de las cuerdas —indicó Dickers.

En pocos minutos, Grattan quedó tendido sobre la mesa, en la forma indicada, con los brazos y las piernas abiertos en aspa. Luego, Dickers lanzó al centro el segundo rollo de cuerda.

—Solly, ate al amigo Jones. Deje la mitad de la cuerda, servirá para usted.

El revólver era una amenaza hartamente patente, para que los dos forajidos no cumplieran las órdenes de su dueño. Diez minutos más

tarde, Tautbaum y Jones estaban sentados en el suelo, en un rincón, despiertos, pero totalmente fuera de combate.

Acto seguido, Dickens se acercó a la mesa. Grattan le lanzó una mirada furibunda.

—Cuando me libre de estas cuerdas, le...

—¿Sabe acaso si lo que liberarán será su cadáver?

Grattan se puso pálido.

—Usted no..., no es capaz de matar a un hombre indefenso...

—¿Por qué me supone tan bueno, Mark Lou? Belle Rose era muy amiga mía y usted dio la orden de asesinarla. Ésa es una cuentecita que hay pendiente entre los dos y podríamos saldarla ahora.

Las gotas de sudor se escurrían abundantemente por las sienes del chantajista.

—Tengo dinero; le daré...

—No me interesa su puerco dinero, Mark Lou. Lo que quiero es saber quién hay por encima de usted.

Grattan se estremeció bruscamente. Dickens supo así que su flecha había dado en el blanco.

—No..., nadie... —balbució el prisionero.

Dickens guardó el revólver. Luego sacó una afilada navaja y empezó a rasgar las ropas de Grattan, hasta abrírselas por completo, desde el cuello a la cintura.

—No sé qué hacer —dijo, con aire falsamente dubitativo—. Puedo recurrir a la brasa de un cigarrillo..., a la punta de la navaja... ¿Están bien insonorizadas las paredes de su casa, Mark Lou?

El chantajista sudaba literalmente a chorros.

—No tengo nada que decir...

—Ah, si lo había olvidado. Tengo otra cosa que también puede resultar muy divertida.

Dickens sacó del bolsillo un frasquito de vidrio y lo destapó. Agarró un papel de los que habían caído en el suelo y dejó caer sobre él unas gotas.

El papel humeó en el acto. Grattan sintió que se le salían los ojos de las órbitas.

—¡Acido! —exclamó, sin poder contenerse.

—Justamente, lo mismo que un tipo llamado Sloopy Simmons usó con Joyce Ginnison. Los efectos son mucho más dolorosos si el ácido cae en una herida, por leve que sea.

La punta de la navaja trazó una veloz raya sobre el pecho de Grattan. Era una incisión levísima, de menos de medio milímetro de profundidad, pero el chantajista soltó un aullido estremecedor; por un instante, había tenido la sensación de que le abrían en canal.

El frasco se inclinó lentamente sobre el pecho desnudo. Grattan lanzó un aullido de pánico.

—¡No! Lo diré todo..., pero aparte ese maldito frasco... Tápelolo, por lo que más quiera...

—Hable primero —exigió Dickers, implacable, sin variar de postura.

—Willard... Él tiene todos los documentos originales..., los negativos... —Grattan jadeaba enloquecido de pavor—. Yo me limitaba a cumplir sus órdenes... Me daba un porcentaje...

—Vamos, pasaba por el chantajista, pero el que se embolsaba la parte del león era él —dijo Dickers, sarcástico.

—Sí, sí... Por lo que más quiera..., guarde ese maldito frasco.

Dickers se echó a reír. De pronto, volcó el frasco y derramó el líquido sobre el tórax de Grattan, del que apenas si habían brotado una docena de gotitas de sangre.

El chantajista soltó un alarido estremecedor.

—Cállese, hombre —dijo el joven—. Aunque la palabra hombre está mal aplicada en su caso. No había ácido; era ese líquido especial que emplean en el cine y en la televisión para simularlo, en las películas de terror.

Grattan le miró con ojos de pasmo. Luego alzó la cabeza y contempló su pecho desnudo, del que brotaban algunas columnitas de humo.

Pero no sentía el menor dolor; sólo humedad.

—¡Me ha engañado! —aulló.

—¿Ahora se entera? —rió Dickers. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta, perseguido por una serie de soeces interjecciones, de las que, naturalmente, no hizo el menor caso.

* * *

Un cuarto de hora más tarde, Tautbaum y Jones consiguieron liberarse de sus ataduras. Frotándose las manos, se incorporaron. Grattan continuaba todavía en la misma posición.

—Vamos, soltadme, estúpidos —les increpó.

Tautbaum soltó una risita.

—¿Quién es el estúpido? —preguntó, mientras se agachaba a recoger la pistola.

Jones se burló de Grattan con no menor crueldad.

—Se ha dejado engañar como un chino —dijo—. Mira que creer que le iban a quemar el pecho con el ácido.

—A cualquiera de vosotros os hubiera pasado lo mismo, de haber estado en mi lugar —se defendió el todavía cautivo.

—Sí, pero da la casualidad de que le ha pasado a usted.

—Y ha sido usted quien ha delatado al pez gordo.

Grattan se puso pálido. Su actitud se hizo más conciliadora.

—Vosotros no se lo vais a decir, ¿verdad? Escuchad, chicos, ahí, en la caja, tengo «pasta» en abundancia...

—No mienta, Mark Lou, la caja no ha sido reparada aún. El fuego estropeó los mecanismos de cierre —le interrumpió Tautbaum.

—Y al señor Willard le sabrá muy mal enterarse que el detective le ha tirado de la lengua —añadió el otro.

—Oídme bien, podemos arreglamos...

—Es tarde ya. De todas formas, Willard nos lo iba a ordenar, así que lo mejor será que nos anticipemos a sus deseos.

Wallace Jones se acercó a Grattan y apoyó el cañón de la pistola en su sien. Grattan inició un horrible alarido, pero la detonación del arma lo cortó en seco.

—¿Habrás muerto? —preguntó Jones, dubitativo al ver los espasmos que sacudían el cuerpo de Grattan.

—Asegúrate —indicó Tautbaum sobriamente.

Jones hizo el segundo disparo. Los movimientos de Grattan cesaron en el acto.

—Vámonos de aquí —dijo a continuación.

Treinta minutos más tarde, estaban en el despacho de Holliday.

El gerente de

Sankar's

escuchó con toda atención. Cuando Jones hubo terminado su relato, dijo:

—Has hecho bien.

—Pensamos que al señor Willard le gustaría saber que...

Holliday interrumpió bruscamente a Tautbaum.

—¡Silencio! Ese nombre no debe ser pronunciado jamás en este

lugar —ordenó perentoriamente—. Salgan fuera y aguarden; ya recibirán nuevas instrucciones. Los dos pistoleros abandonaron la estancia. Holliday dudó un momento, pero, al fin, acabó por marcar un número reservado.

—Tengo que verle, señor —dijo, cuando se hubo establecido la comunicación.

—¿Esta noche?

—Sí, por favor.

—Bien, venga cuando termine.

—Gracias, señor.

Holliday volvió el teléfono a su sitio y continuó el trabajo. A las dos de la madrugada, en vista de que la clientela decrecía notablemente, dejó la tarea y salió del local por una puerta lateral.

Un hombre le acompañaba. Era Ernie Coleman, pistolero de confianza, además de conductor del automóvil.

Pero ello no significaba que estuviese constantemente vigilando el vehículo. Coleman no sabía que llevaban un pasajero clandestino, escondido en el portamaletas, de la suficiente amplitud para que cupiera una persona sin excesivos agobios, aunque, eso sí, con algo de incomodidad.

Apenas sintió que el coche arrancaba, Dickers abrió ligeramente la tapa, a fin de permitir que entrase un poco de aire en el sofocante interior del compartimiento. Sujetando la cerradura con una mano, mantuvo el borde superior a un par de centímetros del inferior, hasta que notó que el coche aminoraba su marcha, ya a cierta distancia de la ciudad.

Dickers bajó la tapa. El coche se detuvo a poco ante una alta tapia, cerrada por una sólida verja de hierro.

Un sujeto uniformado, con un fusil automático en las manos, salió del interior del recinto. Otro quedaba en la puerta, a prudente distancia, vigilando los ocupantes del automóvil.

—Soy Holliday —se identificó el ocupante del asiento posterior.

—Buenas noches, señor —saludó respetuosamente el centinela—. Puedes abrir, Mike —ordenó a su compañero.

Dickers lo oyó todo desde su escondite. Sintió que el coche se ponía nuevamente en marcha y que se detenía a los pocos segundos. Luego captó el ruido de dos portezuelas, abiertas y cerradas sucesivamente.

Después llegó hasta sus oídos la voz de Holliday:

—Ernie, puedes ir a la cocina a tomar algo. Vuelve dentro de quince minutos. —Sí, señor— respondió Coleman.

CAPÍTULO X

Transcurridos unos momentos, Dickens se arriesgó a abrir. Miró a su alrededor; no había nadie en las inmediaciones.

Saltó del maletero y cerró la tapa. Luego miró a derecha e izquierda.

El jardín que rodeaba la casa de Willard estaba a oscuras. Sin embargo, divisó luz en un par de ventanas.

Una de ellas daba a un salón, desierto en aquellos momentos. Por la siguiente ventana, la luz que salía era mucho más escasa.

Dickens se dio cuenta de que había unas cortinas casi completamente corridas. Se acercó cautelosamente y probó de alzar el bastidor.

Levantó solo unos centímetros, lo justo para escuchar el diálogo que se celebraba entre los dos hombres que había en el interior de la estancia. No tardó en identificar las voces, enérgica y autoritaria la de Willard, respetuosa la de Holliday.

—De modo que ese condenado detective le hizo hablar.

—Sí, y además se burló de él, porque le hizo creer que lo iba a quemar con ácido, pero el líquido que le derramó sobre el pecho era absolutamente inofensivo.

Dickens captó una obscena maldición de rabia.

—De todas formas, Wallace Jones entendió bien lo que debía hacer, y le pegó dos tiros —añadió Holliday.

—Pero Jones y Solly oyeron mi nombre.

—Sí, claro; estaban atados también...

—Hable con Jack Darren; díglele que los quite de en medio.

—Sí, señor.

—En cuanto a ese condenado entrometido, es preciso hacer algo para acabar con él de una vez.

—Tiene siete vidas, como los gatos...

—¡No diga estupideces, Carlton! Dickens tiene una sola vida, eso es todo.

—Bueno, puedo hablar también con Darren.

—No, Jack, debe ocuparse únicamente del otro asunto. Ya daré yo

una buena idea para suprimir esa pesadilla. Vuelva pasado mañana.
—Sí, señor.

Dickers oyó ruido de sillas y se agachó. En un principio, pensó en correr hacia el maletero del coche, pero rectificó enseguida. Una conversación con Willard resultaría sumamente instructiva.

Esperó unos momentos, hasta que oyó el ruido del motor. Miró hacia atrás y vio las luces de cola que se perdían hacia la salida.

Al cabo de un rato sé incorporó, dispuesto a entrar en la casa y sorprender a su dueño.

Entonces oyó el sonido de un teléfono que era despegado de su horquilla.

Decidió esperar. De nuevo volvió a captar la voz de Willard:

—¿Worwood? Soy Willard... Sí, ya sé que no son horas de llamar, pero el asunto no puede esperar. Óigame bien; tome la carpeta marcada con la cifra once y obtenga una copia de todo cuanto hay en su interior... ¿Qué es muy gruesa? Hombre, eso ya lo sabía. ¿Y si no, por qué se cree que lo levanto de la cama a las tres de la madrugada? Escuche con toda atención; tiene cuarenta y ocho horas de plazo para sacar todas esas copias... Sí, venga a verme a mi casa... Pasado mañana después de cenar. Eso es todo. Vuelva a dormir, Worwood, y no olvide mis órdenes.

El teléfono chasqueó de nuevo. Dickers se agachó otra vez y reflexionó al pie de la ventana.

Empezaba a comprender algunas cosas, se dijo. Ahora ya no le convenía la entrevista con Willard.

Mucho más conveniente era averiguar el domicilio y la ocupación de Worwood.

El jardín estaba muy vigilado, pero ya encontraría la forma de salir sin ser advertido.

* * *

—He venido a desayunar —dijo Dickers simplemente.

—La cocinera empieza a acostumbrarse a poner doble ración por las mañanas —contestó Joyce.

—Ríe gustaría más que fuese usted quien tomase esa costumbre —declaró él con todo desparpajo.

—¿Qué es lo que quiere decir? —se asombró la muchacha.

—Un imposible. No sólo es más alta que yo, sino que, además, tiene mucho dinero.

—Lo de la estatura, quizá, podría solucionarse.

—¿Cómo, Joyce?

—Póngase en pie —ordenó ella.

Dickers obedeció. Joyce se descalzó y, tras levantarse, quedó frente a él, a menos de un palmo de distancia.

—Ya estamos iguales —dijo.

—Sí, pero la diferencia económica no se puede rebajar tan sencillamente.

—A usted no le importaría mi cara —contestó Joyce despectivamente.

Dickers captó de lleno el alcance de la frase.

—Está equivocada. El dinero no es que sea lo de menos, pero no sería un obstáculo insalvable. El obstáculo no está en su cara, sino en usted misma.

—¿Por qué no habla con más claridad? —preguntó ella, mientras, sentada, volvía a ponerse los zapatos.

—Es bien sencillo. Usted tiene terror al quirófano.

—Kim, le he dicho que...

—Lo recuerdo perfectamente. Pero aunque yo tolerase que toda la vida viviese con esa máscara, tampoco podría resolverme a casarme con usted, aun solucionadas las diferencias de estatura y olvidado el dinero. No podría casarme con una mujer cobarde, sencillamente.

—¿Cobarde yo? —gritó ella, descompuesta—. ¿No le salvé la vida en una ocasión?

—No lo he olvidado —dijo Dickers con Singular frialdad—. Pero, de todas formas, llegaría el momento en que tuviese que ir al hospital. Se sentiría enferma de terror y más si, por ejemplo, tuviesen que practicarle una cesárea.

Joyce comprendió y crispó las manos sobre los brazos de la butaca en que estaba sentada.

—Escúcheme bien —dijo—. Yo no le he contratado para que hable de mis asuntos privados, sino para que haga otra cosa. Todo lo demás, no le importa en absoluto. ¿Está claro?

—Está clarísimo, pero no por ello dejarán de interesarme sus asuntos, Joyce.

—Entonces, le despediré...

—Aguarde a que desayune, mujer —dijo él de buen humor—. Si me despide, ¿quién va a solucionar los problemas de su buena amiga Fanny Muskee?

Joyce depuso su actitud de inmediato.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó, repentinamente interesada.

—En parte, sí; pero tengo que pedirle un favor.

—Hecho. Diga lo que sea, Kim.

—No puedo volver a mi casa por ahora. Deme alojamiento en la suya.

—Concedido —aceptó Joyce—. Y ahora, hable, por favor.

Dickers sonrió.

—Ahí viene la doncella con el desayuno, y tengo apetito —contestó.

* * *

—¿Qué hacía el tipo en tu casa, Kim?

—¿A quién te refieres, Nombre Falso? —preguntó Dickers, mientras revolvía el azúcar de su taza de café.

—No te hagas el ignorante. Demasiado sabes de quién hablo.

—¿A quién tengo que decirle la verdad: al amigo o al policía?

—El policía es tu amigo...

—Pero más policía que amigo.

—Y tú un escurridizo, que está jugando con fuego. Vamos, suéltalo de una vez.

Dickers se echó a reír.

—Pareces una de esas chicas adolescentes cuando esperan su primera declaración de amor —dijo—. Claro que la cosa es muy distinta en este caso...

El sargento Smith alzó los ojos al cielo.

—Tendré que pedir un suplemento de paga por paciencia —dijo.

—El tipo entró en mi casa a ponerme una bomba. Debía de ser un novato, porque ni siquiera se cercioró de si yo estaba o no, ya que la bomba debía explotar cuando yo volviese de la calle. Lo sorprendí, y cuando me atacó, lo dejé sin sentido de un golpe. Luego lo senté en un sillón, junto a la ventana. Por supuesto, la bomba está en mi casa, a tu disposición.

—Bien, ¿y qué más?

—Yo tenía que marcharme. Entonces se me ocurrió la idea de que

tal vez el tipo no hubiera ido solo y que habría algún compinche vigilando mi casa en las inmediaciones. Me puse su chaqueta y su sombrero y a él le coloqué la mía. Estaba sentado en el sillón que hay junto a una de las ventanas que da a la calle.

—Sigue.

—Bueno, yo lo dejé con las cortinas descorridas; incluso le puse una revista en la mano para simular que leía. Luego salí a la calle. Su compinche me vio y creyó lo que no era. En aquel momento, calculo, el tipo debió de ponerse en pie. El otro pensó que era yo y que más seguro que la bomba era el rifle que llevaba, y apretó el gatillo. Por efectos del disparo, el bombardero debió de perder el equilibrio y caer a la calle. Eso es todo, Joe.

Smith se quedó muy pensativo después de haber escuchado las explicaciones de su amigo.

—Una solución teóricamente correcta, pero...

—No me crees, ¿verdad? —dijo Dickers.

—Probablemente resulta cierta, pero es demasiado enrevesada para admitirla por un cerebro común y corriente —se quejó Smith.

—Yo no tengo la culpa de haberme enemistado con Willard. Probablemente, algunas de las cosas que hago no son muy éticas, pero no me compares con ese tipo, por favor; entre mis vicios no figuran la extorsión, el asesinato, el contrabando...

—Además, dos de sus mejores hombres están fuera de combate; uno huido y el otro en la cárcel, acusado de posesión de drogas.

Dickers sonrió maliciosamente.

—A Baldy se le puso una tía muy enferma y tuvo que salir de viaje repentinamente. En cuanto a Segal, no pretenderás que la policía lo encontrase vendiendo Biblias —dijo.

—Está bien...

—No tan pronto, amiguito —exclamó Dickers—. Tengo que hacerte una pregunta, a cambio de un «chivatazo».

El sargento Smith se sintió súbitamente interesado por las palabras de su amigo.

—Vamos, suéltalo ya —pidió.

—¿Quién es Worwood? —inquirió Dickers.

—¡Caramba! ¿Por qué te interesa ese tipo? —se asombró el policía.

—Dime primero quién es y dónde vive.

—Es uno de los mejores fotógrafos de Pearsonsville. Hace retratos,

sobre todo, a las damas, que son auténticas obras de arte.

—Ya entiendo. Bueno, iré a encargarle un retrato de cuerpo entero, para colocarlo en mi despacho, detrás de la mesa de trabajo, Ese retrato pasará a mis hijos y a mis nietos...

—¡Pero si no te has casado!

—Todo llegará, Joe. ¿Quieres el «soplo»?

—Sí, anda, no me tengas sobre ascuas.

—Está bien. Jack Darren ha recibido o va a recibir orden de liquidar a Solly Tautbaum y Wallace Jones. Para completar este informe, debes saber que Solly y Jones fueron los que eliminaron a Grattan. En cuanto a Darren, es el que voló a tiros la cabeza de Belle Rose Owdurn.

Smith miró a su amigo lleno de sorpresa, con la boca completamente abierta.

—¿De dónde has sacado esos informes? —preguntó.

—De una fuente directísima, del mismo manantial donde brota el río de podredumbre y corrupción que anega la ciudad —contestó Dickers.

—¡Willard! —exclamó el policía.

Dickers sonrió maliciosamente.

—No acuses sin pruebas, si no quieres verte metido en un buen lío —aconsejó.

CAPÍTULO XI

El hombre, que vestía bata blanca y usaba guantes de goma, muy finos, semejantes a los empleados por los médicos en el quirófano, estaba muy ocupado con su trabajo. Tenía una cámara fotográfica sobre un soporte, de modo que el objetivo apuntaba a una mesita situada inmediatamente debajo. Un potente reflector, convenientemente situado, proporcionaba la suficiente iluminación a los documentos y fotografías que eran retratados por un artista reputado no sólo en Pearsonsville, sino en muchos puntos del país. A su derecha tenía una gran carpeta, de la que sacaba sucesivamente documentos y fotografías, para situarlos bajo el objetivo de la cámara. En completo silencio, Dickens contemplaba las operaciones.

De pronto, el hombre pareció sentirse cansado. Apagó el foco y se dirigió a un pequeño hornillo que tenía en uno de los lados de la estancia. Sobre el hornillo había una cafetera de metal.

Worwood se sirvió una ración de café. Cuando tuvo la taza llena, se volvió. Entonces fue cuando vio al hombre vestido de negro y enmascarado, que estaba en el centro de la estancia, apuntándole con un revólver.

La taza se le cayó al suelo, a causa de la sorpresa recibida.

—¿Qué..., qué quiere usted...?

Dickens sonrió.

—No tema —dijo—. No pienso hacerle el menor daño. Sólo he venido a llevarme la carpeta número once, con todo su contenido. Una vez que me la haya entregado, junto con el rollo de película impresionado, me iré.

El fotógrafo se echó a temblar.

—Esto será mi ruina...

—No dramatice usted —contestó Dickens—. Además, estoy seguro de que hace algo que no le gusta en absoluto.

—Pero todavía no me ha dicho quién es usted...

—Eso no tiene interés alguno por el momento. Repito que no quiero hacerle daño. Pero me extraña que un artista como usted se dedique

a estas sucias combinaciones que, si se conocieran, podrían arruinarle.

—Si usted se lleva esa carpeta, me arruinaré indiscutiblemente.

Dickers contempló unos instantes a Worwood, un individuo de mediana edad, con largos cabellos, peinados un tanto sofisticadamente, y con un frondoso bigote que se unía a las patillas, confiriéndole un vago aspecto de emperador Francisco José de Austria. Pero no pasaba de los cincuenta años.

—Worwood —dijo el joven por fin—, le guste o no, voy a llevarme esa carpeta. No quiero que en esta ciudad se continúe extorsionando a la gente, ¿comprende? Por Ciertos, ¿cuánto le paga Willard por su trabajo?

—Nada —contestó el fotógrafo con los labios muy prietos.

—Me lo imaginaba. A Willard empiezo a conocerle ya, pese a que nunca nos hemos dirigido la palabra. ¿Con qué le obliga a trabajar para él?

Worwood dudó.

—Puede ser franco conmigo —añadió Dickers—. Yo no he venido aquí para suplantar a Willard en el negocio, sino para destruir todos esos documentos y fotografías. Willard le hace chantaje, ¿no es cierto?

El fotógrafo asintió.

—Bien, explíquese —pidió Dickers.

—¿Cómo sabré que puedo confiar en usted? —preguntó Worwood.

—No tiene más remedio que confiar en mí. Ya le he dicho que voy a llevarme la carpeta número once, de grado o por fuerza, y que destruiré todo su contenido, junto con el rollo o rollos de película que haya podida impresionar. Es más, si quiere, lo destruiremos aquí en su propia casa. Así le demostraré que no me llevo la carpeta para aprovecharme de su contenido.

—Está bien —dijo el fotógrafo—. Mi verdadero nombre es Worhurt. Soy alemán, naturalizado aquí hace bastantes años. En el año cuarenta y cuatro pertencí a las SS, con el grado de suboficial.

—Oh —exclamó el joven—. Creo que ya comprendo. ¿Hay algún documento que lo pruebe?

—Mi nombramiento.

—Oiga, un documento de esa clase no es fácil da hallar. ¿Cómo llegó a poder de Willard?

—Uno de sus hombres sirvió hace algunos años en el ejército americano de ocupación en Alemania. Permaneció en Información y así consiguió ese nombramiento. Da la casualidad de que el tipo y yo nos habíamos conocido aquí y sabía mi nombre alemán. Por eso sustrajo el documento de las carpetas oficiales y no dio cuenta a sus superiores.

—Para hacerle un favor a usted, sin duda.

—Yo ya tenía cierta fama y ganaba dinero. Ese tipo quería sacarme algún dinero, y se lo hubiera dado, pero el documento pasó antes a poder de Willard.

—Ya entiendo. ¿Se le puede acusar de algún crimen de guerra, Worwood?

—No. Yo ya había sido desnacificado. Saber que había pertenecido a las SS me hubiera perjudicado en cierto modo, pero hubiera terminado por conseguir la absolución. No tengo nada de qué reprocharme, se lo aseguro.

—De modo que Willard tiene ahora ese documento y así le obliga a obedecerle.

—Sí, señor. Aquí sí me perjudicaría, señor...

Dickers no atendió la indicación de dar su nombre.

—Rescataré ese documento y lo quemaré —aseguró—. Por cierto, ¿tiene usted, entre sus negativos de archivo, alguno perteneciente a Joyce Ginnison?

—Sí, le hice una fotografía muy buena, del busto, hará cosa de un año...

—¿Podría prepararme una ampliación, a tamaño natural, montada sobre un bastidor? Se la pagaré al precio de tarifa señalado para ese trabajo.

—Oh, sí, desde luego.

—Bien, hágamela pronto, en veinticuatro horas, si es posible.

—De acuerdo, pero ¿qué diré a Willard cuando me pida la carpeta número once?

—Alegue exceso de trabajo. Diga que necesita otras cuarenta y ocho horas, por lo menos. El le concederá ese plazo. Entonces, váyase unos días fuera de la ciudad, sin avisar a nadie. Antes de una semana, no tendrá que preocuparse jamás de Willard. Y le devolveré el documento, por supuesto.

—No sabe lo aliviado que me siento —declaró Worwood—. Le

aseguro que la conciencia no me remuerde, que no hice nada indigno..., pero mi pasado podría arruinarme, ahora que mi fama está consolidada en Pearsons ville.

—Su fama seguirá intacta, Worwood. Y, a propósito, ¿por qué el cambio de grafía en el apellido?

—Vienen a sonar lo mismo en alemán y en inglés. En cuanto al nombre, Franz, bastó sustituir la Z final por una K.

—Todo aclarado —sonrió Dickers—. Bien, manos a la obra... y no se olvide de la fotografía de Joyce Ginnison.

—Mañana por la tarde estará lista —prometió, entusiasmado, el fotógrafo.

* * *

En el despacho del

Sankar's

sonó el teléfono.

Holliday levantó el auricular.

—¿Sí?

—Tengo instrucciones para usted.

—Sí, señor.

—En lo sucesivo, usted ocupará el puesto de Grattan. Puede simultanearlo con el trabajo actual. —Bueno...

—¿No le entusiasma, Carlton? Eso le supondrá un importante suplemento en sus ingresos.

—Está bien, pero tendré que buscarme otros ayudantes...

—Eso es algo que decidiré yo en persona y en el momento oportuno. Ahora, dígame qué hay de Solly y de Jones.

—La operación está en marcha.

—¿Hoy?

—Sí, señor.

—Bien, espero resultados satisfactorios.

—Descuide, señor.

Sonó un «click». Holliday colgó el teléfono y, mientras se secaba el sudor, soltó una maldición.

Luego tocó el timbre. Un individuo apareció a los pocos segundos.

—Que vengan Solly y Jones —ordenó Holliday.

—Bien, jefe.

Los dos nombrados aparecieron un minuto después.

—Tengo algo para vosotros —dijo Holliday—. Un trabajito de confianza.

—Lo que sea, cuéntelo como hecho —declaró Solly con aire de suficiencia.

—Calle Catorce, número doscientos uno. Es un bar. El dueño se llama Audie Chambers. El bar pertenece... a la organización. Audie debe dos meses, seiscientos dólares en total. No volváis sin el dinero.

—O. K., jefe —dijo Wallace Jones.

Los dos pistoleros salieron. Holliday tomó el teléfono y marcó un número. Alguien contestó a los pocos segundos:

—¿Diga?

—¿Jack? Los conejos han salido de la madriguera.

—Entendido.

Holliday colgó el teléfono. Solly y Jones eran ya asunto concluido.

Mientras, los dos pistoleros viajaban a bordo de su coche. Detrás, a prudente distancia, iba el que conducía el sargento Smith, secundado por dos agentes de paisano.

Minutos más tarde, Solly y Jones detuvieron el automóvil frente al lugar señalado. Se apearon y, tras lanzar sendas miradas a su alrededor, se dirigieron al bar, el que, a juzgar por todas las señales, estaba dispuesto al cierre.

En aquellos momentos, no había más que un hombre con un gorrito blanco y una chaquetilla del mismo color, fregando distraídamente un par de vasos. Smith, dentro del coche, dijo:

—Esperemos, quizá sólo quieren tomarse una copa.

Solly y Jones entraron en el bar. Entonces, el camarero se inclinó y sacó una metralleta de debajo del mostrador.

El arma ya estaba dispuesta y se movió en mortífero abanico, enviando un alud de balas hacia los pistoleros. Solly y Jones, sorprendidos, chillaron agónicamente, pero no tuvieron tiempo de sacar sus armas.

Cayeron. La metralleta escupió otras dos cortas ráfagas, dirigidas a sendos cráneos. En el coche policial, Smith y sus acompañantes se sobresaltaron al oír los primeros disparos.

—¡Era una trampa! —gritó el sargento—. ¡Vamos!

Los tres hombres se precipitaron fuera del vehículo, cuando todavía

sonaban los últimos disparos. Dentro del bar, Jack Darren se quitaba sin prisas el gorrito y la chaquetilla blanca. Había una puerta trasera; escaparía antes de que nadie pudiera acudir. Pero se equivocaba. Tres hombres irrumpieron de pronto en el bar.

—¡Alto! —gritó Smith.

Darren lanzó una horrible maldición y trató de sacar su pistola automática. Incluso pudo extraerla de la funda.

Tres revólveres tronaron a un tiempo. Darren fue lanzado hacia atrás con indescriptible violencia, mientras su rostro reflejaba, más que el dolor, la sorpresa.

Las botellas tintinearón. Una se desprendió de la estantería y se rompió sobre su cabeza. El *whisky* que contenía se mezcló con la sangre que brotaba de los agujeros abiertos por las balas.

Luego, lentamente, resbaló y cayó debajo del mostrador, hecho un ovillo. Todavía se movió un poco; luego, se quedó quieto definitivamente.

CAPÍTULO XII

Dickers levantó el teléfono y marcó un número. Una voz femenina le contestó a los pocos segundos:

—Casa de la señora Muskee.

—¿Cómo está? —saludó el joven—. Soy Dickers.

—Oh, señor Dickers... —Fanny se interrumpió de, repente, sin saber qué añadir a continuación.

—Debo darle buenas noticias, señora. Ya no tiene que preocuparse en lo sucesivo de su problema.

—¡Oh! —dijo la mujer.

Hubo un período de silencio. Dickers se extrañó.

—¡Señora Muskee!

—Di... dispénsame... Estoy llorando... No sabe cuánto lo celebro... Pero... ¿habrá seguridad esta vez? ¿No volverán a extorsionarme dentro de algún tiempo?

—Esta vez, la seguridad es absoluta —afirmó el joven.

—Le enviaré...

—No tiene que enviarme nada, señora Muskee. Este trabajo está ya pagado, pero me falta la propina.

—¿Propina? —repitió Fanny, estupefacta.

—Sí. Usted es muy amiga de Joyce, creo.

—En efecto. Aunque le paso cinco o seis años, hay entre las dos una sólida amistad, como ha podido comprobar, me parece.

—Sí, desde luego. En tal caso, usted está enterada de la desfiguración de su rostro.

—Claro, ¿cómo no iba a saberlo?

—Bien, yo opino que eso es algo que puede arreglarse mediante un buen cirujano, el más acreditado, si es preciso. Pero cada vez que le he dicho algo al respecto, me ha contestado con violencia, muy nerviosa; incluso me ha prohibido mencionar el tema. Yo he adivinado que Joyce siente horror al quirófano y ella, implícitamente, lo ha admitido. Pero no comprendo de dónde nace ese sentimiento.

—Es muy fácil de explicar, señor Dickers —contestó Fanny—. La

madre de Joyce murió en el transcurso de una grave operación quirúrgica, en la mesa de operaciones. Ella tenía quince años y estaba en el hospital cuando se produjo el suceso.

—Creo que entiendo.

—Pero, además, hace tres años, al padre de Joyce le ocurrió algo por el estilo. Joyce sufrió entonces un *shock* psíquico espantoso, del que le costó mucho recobrase. Por eso siente un miedo terrible a ir al quirófano, aunque sea por algo tan sin importancia como es la cirugía estética. Claro que en su caso tendrá que someterse a varias operaciones, largas, incluso, pero ninguna de gravedad.

—Ahora ya lo entiendo. —Dickers sonrió—. Algo de eso me suponía yo, pero Joyce no me lo había querido contar nunca. Gracias por la propina, señora Muskee.

—Soy yo quien debe dárselas a usted —dijo Fanny, con acento de sincera gratitud.

—Su problema está ya olvidado. Adiós.

Dickers colgó el teléfono. Abandonó la cabina, desde la cual había estado hablando con Fanny Muskee. Luego buscó un restaurante y se dispuso a almorzar, pues tenía apetito.

Mientras comía, se entretuvo leyendo las noticias sobre el tiroteo ocurrido aquella misma madrugada. Los diarios habían lanzado una edición especial.

«En medio de todo. Willard se sentirá contento; Joe y sus chicos le han librado del problema que era Jack Darren», se dijo.

* * *

No cabía la menor duda de que Worwood era un artista. Dickers contempló el retrato, colocado sobre una silla, en el jardín de la casa. Joyce aparecía allí, retratada en suaves tonos, con unos velos de gasa cubriéndole los hombros y un fondo de paisaje que se desvanecía en un dorado crepúsculo. El paisaje, por supuesto, procedía de una toma fotográfica, realizada con arte y gusto exquisitos, y luego se había hecho la composición, de modo que daba la sensación de ser un retrato firmado por algún maestro del siglo XVIII.

Así era Joyce antes de que un granuja le abrasara la cara con vitriolo, pensó Dickers, mientras encendía un cigarrillo. En el

mismo momento, la doncella anunciaba a Joyce, maliciosamente, que la cocinera iba a preparar de nuevo un desayuno doble.

—Ah, él está aquí —exclamó la joven.

—Sí, señorita. Traía un cuadro..., pero no lo he visto; venía envuelto en un papel...

Debe de ser un regalo, pero no es su cumpleaños...

—En seguida lo sabremos, Millie.

Joyce terminó de vestirse y salió a la terraza posterior. Casi inmediatamente, divisó la fotografía.

—¿Qué hace eso ahí? —gritó, furiosa.

Dickers se volvió.

—Ah, hola, buenos días —saludó, jovial.

Joyce apretó los labios bajo la máscara. Avanzó unos pasos y agarró la fotografía.

—Voy a quemarla...

—¡Déjela donde está!

La voz de Dickers sonaba hartamente imperativa. Ella, sorprendida, se volvió, con el cuadro todavía en las manos.

—Es mío —protestó Joyce.

—Se equivoca. Me pertenece. Worwood me lo ha regalado.

—Pero no tiene ningún derecho...

—Como no está destinado a la reproducción ni a la exhibición en público, ni va a ser usado con fines comerciales, ha podido hacerme ese obsequio. Y yo no quiero que lo destruya, como destruyó el que tenía en la salita de música.

Joyce se sentía estupefacta.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

Dickers se levantó, agarró el cuadro y lo volvió a dejar Sobre la silla.

—Hay un cuadro, en cornucopia dorada, ovalado, que tiene una vista marina —dijo—. Está en la salita de música, en el lugar de preferencia. El paisaje no corresponde en modo alguno con el marco. Ahora bien, si se fija en la fotografía, verá que está preparada para ser colocada en un marco ovalado. Usted destruyó la fotografía anterior, pero no se le ocurrió pedir a Worwood el negativo.

—Y usted sí lo ha hecho.

—Ahí tiene la prueba —sonrió Dickers.

—Pero ¿quién le dijo que Worwood...?

—Síntese, nos van a traer el desayuno enseguida. Mientras, hablaremos del problema que le atormenta a usted. Detesto tener que darle este consejo, pero deberá ir a un psiquiatra.

—¿Yo? Estoy completamente sana de mente...

—No, su mente está enferma, al menos en un aspecto: el horror al quirófano, cosa de la que, en cierto modo, no tiene la culpa, si recordamos antecedentes familiares. Pero usted no puede vivir siempre debajo de una máscara; tiene que afrontar la realidad, y la realidad es muy distinta de como usted quiere que sea.

Los labios de Joyce temblaban.

—No le llamé para que me indicara cómo debo comportarme —respondió.

—¿Qué contrató usted: un simple destructor o un consejero? ¿Es que no se da cuenta de que Willard se ríe de usted cuando piensa que tiene la cara oculta por una máscara, porque no se atreve a mostrarla en público, tal como se la dejó Darren?

—Lo que Willard piense no me importa...

—¿De veras? —sonrió Dickens—. Usted dijo que quiere arruinarlo, hasta el extremo de verle pidiendo limosna en una esquina, con un sombrero viejo en la mano. ¿Qué hará, darle diez centavos con la máscara puesta?

¿No preferirá darle la limosna con un rostro nuevo, idéntico en un todo al que perdió una vez?

—Escuche, usted y yo hicimos un trato, ¿no es así?

—En efecto.

—Muy bien, cumpla su parte, es todo lo que le pido. Al terminar, le daré la cifra convenida, tal como acordamos. De lo demás, al menos en lo que a mí se refiere, ni se acuerde. ¿Está claro?

Dickens se puso en pie.

—Clarísimo —respondió.

La doncella llegaba en aquel momento con el carrito del desayuno.

—Millie —añadió sonriendo—, dígle a la cocinera que siento mucho no poder quedarme esta mañana a disfrutar de las excelencias de su arte culinario.

La doncella se quedó atónita.

—Pero, señor Dickens...

—Tengo prisa —se disculpó el joven, a la vez que agarraba el

cuadro con ambas manos.

—¡Deje eso! —ordenó Joyce ásperamente—. Me pertenece...

—Se equivoca —corrigió él con frialdad—. Al menos, este ejemplar es mío. Pero puede ir a Worwood y le hará tantas reproducciones como quiera. De este modo, no necesitará mirarse al espejo. Buenos días, señorita Ginnison. Adiós, Millie.

—Adiós, señor —contestó la doncella, llena de perplejidad.

Joyce no dijo nada.

Estaba tomando una copa en el

Sankar's

, cuando se le acercó un individuo.

—Creo que le conozco, amigo —dijo Holliday.

Dickers sonrió levemente.

—Estoy seguro de que sí —repuso.

—Y usted también me conoce a mí.

—Personalmente, es la primera vez que nos saludamos. Pero conozco su nombre. Y usted conoce el mío, Holliday.

—Sí, efectivamente, le conozco, Dickers. ¿Puedo invitarle a una copa?

—Gracias, pero todavía tengo la primera a medias.

—Al menos, me permitirá que el gasto corra por cuenta de la casa.

—No hay inconveniente. No soy policía, ni lo voy a considerar como soborno. Pero usted se me ha acercado para decirme algo; lo estoy adivinando en su cara.

—Es cierto. Oiga, ¿cuánto quiere por marcharse de Pearsonsville?

—¿Me pagaría usted un millón?

Holliday respingó.

—¡Qué barbaridad! —exclamó, sin poder contenerse.

—Entonces, si no me va a pagar un millón, ¿por qué me lo pregunta?

—Ah, pero ¿es que se cree que vale un millón?

—En realidad, valgo muchísimo más, infinitamente más; la vida de un hombre, sobre todo, para él mismo, no tiene precio, pero ya me imagino que usted no podría pagarme tanto.

—Un millón, ni lo sueñe. Veinte mil... y con apuros.

—Un dos por ciento, ¡qué miseria! —Calificó Dickers burlonamente. Holliday apretó los labios.

—Le diré una cosa; no quiero más jaleos. Acepte esa suma y váyase

de la ciudad. Es mi última oferta.

Dickers sonrió.

—Es cierto que no quiere más jaleos, sobre todo después de que Willard le dijo que me quitase de en medio. Usted alegó que yo tengo siete vidas, como los gatos, pero Willard dijo, de muy mal humor, que eso era una tontería y que yo no tengo más que una sola vida.

La cara de Holliday expresó una inmensa sorpresa.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se lo ha dicho? —exclamó.

—Se lo escuché al propio Willard, hace algunas noches. ¿Ya le ha dado la buena idea que tiene para suprimir esa pesadilla, que soy yo para él?

Holliday seguía estupefacto.

—Usted ha instalado micrófonos en casa de Willard..., pero eso es imposible; hay allí una férrea vigilancia...

—Menos férrea de lo que usted cree. Ya ve, yo pude entrar y salir sin dificultad, y escuchar la conversación que ambos sostuvieron.

—Acabará mal, Dickers —dijo Holliday, rabiando de furia.

—Eso es algo que debiera decir mirándose a un espejo. Por cierto, Darren tenía que ocuparse de cierto asunto en el que estaban implicados Solly y Jones, ¿verdad? Lástima que la policía apareciese tan oportunamente y liquidase también a Darren. Era un buen chico, un virtuoso del vitriolo; ya no podrá quemar la cara a más mujeres.

El gerente del

Sankar's

se ahogaba.

—Esto... me lo pagará... muy caro...

—Pero ¿no habíamos quedado en que iba a darme veinte mil «pavos»?

—¿Acepta, sí o no? ¡Conteste de una vez!

—¡Idiota! —le apostrofó Dickers—. ¿Cómo puede suponer siquiera que yo tomaría no sólo esa suma, ni siquiera diez o veinte veces más? ¿Cree que todo el mundo puede comprarse y venderse como si fuese la carne por kilos?

Holliday apretó los labios.

—Muy bien, en tal caso, aténgase a las consecuencias —amenazó.

Dickers no se inmutó.

—Por cierto, ¿va a ocupar usted el puesto de Grattan?

Holliday no supo qué responder. Antes de que tuviera tiempo de decir una sola palabra, Dickers apuró su copa, abandonó el taburete en que estaba sentado y se encaminó hacia la salida.

CAPÍTULO XIII

A la mañana siguiente, Dickers hizo dos llamadas telefónicas.

Una de ellas fue dirigida a Worwood, el fotógrafo.

—Abandone inmediatamente la ciudad —indicó—. Meta en un maletín lo más indispensable y permanezca ausente un par de semanas.

—Pero tengo trabajo..., compromisos... —alegó Worwood.

—Si se queda en Pearsonsville no podrá cumplir sus compromisos ni continuar trabajando. Es un buen consejo, sígalo inmediatamente. Y, créame, una semana de vacaciones nunca le sienta mal a nadie. Haga lo que le digo, Worwood. —Está bien, me iré inmediatamente— prometió el fotógrafo.

Momentos después, Dickers estaba en contacto con Fanny Muskee.

—Voy a pedirle un favor —dijo.

—Sí, lo que usted diga.

—Quiero que llame a Willard. Le dirá...

Fanny escuchó estupefacta.

—No sé si sabré —dijo, indecisa.

—Hágalo. Total, sólo la va a escuchar él.

—Está bien, puesto que usted lo dice... ¿Ha hablado con Joyce?

—Ayer intenté desayunar con ella, pero se puso hecha una furia.

—Pobre chica. Compadézcala, Kim.

—Sí, desde luego, pero también tiene Joyce que poner algo de su parte, ¿no le parece?

—Trataré de verla...

—Pero haga primero lo que le he dicho. Se lo ruego.

—De acuerdo, Kim.

Un minuto después, la señora Muskee hacía una llamada.

—¿Señor Willard?

—Sí, dígame...

—Soy Fanny Muskee.

—Ah, hola, señora Muskee. Mucho gusto en saludarla. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí, es respecto a los tres mil dólares. ¡Narices!

—¡Cómo! —Respingó Willard.

—¿Es sordo, tío idiota? Si quiere dinero, tome su pistola y váyase a robar a un camino, imbécil.

Willard se sentía completamente aturdido, sin comprender los motivos de la inesperada reacción de Fanny. Pero antes de que pudiera decir algo, la señora Muskee se despidió con un apostrofe inusitado:

—¡Chacal asqueroso!

Willard contempló el teléfono, en el que había sonado ya el «click» indicativo del corte de la comunicación, con cara estupefacta. Luego, lentamente, volvió el aparato a la horquilla, tratando de dar con las razones que le permitiesen explicarse la insólita actitud de Fanny Muskee.

Pero, de pronto, recordó que Worwood se retrasaba en la entrega de las copias pedidas y lo llamó por teléfono.

Worwood no contestó. Willard empezó a sospechar algo raro.

«Iré más tarde a verle», se dijo, pensando en que no convenía que los posibles clientes de Worwood le vieran en el estudio fotográfico. Mientras, Dickers estaba hablando con un médico amigo suyo.

—Sí, es posible —admitió el doctor Chambrook—, pero ¿para qué lo quieres?

—Tú dámelo y no te preocupes de más —contestó Dickers.

—Eso no me gusta...

—No voy a hacer nada malo, doctor.

Chambrook se levantó y fue a su pequeño laboratorio, del que volvió a los pocos momentos con un par de ampollas.

—Le vas a gastar una broma a alguien —dijo.

Dickers sonrió.

—¿Cómo lo has adivinado? —contestó.

—Puedes poner en estado de alerta a todos los servicios sanitarios de la población y provocar un grave conflicto —alegó Chambrook.

—La cosa no será tan grave. Además, estoy seguro de que tú intervendrás casi en el primer momento. Tranquilo, matasanos —se despidió el joven, a la vez que guardaba en el bolsillo las dos ampollas de inyectable.

A las siete de la tarde, Willard dio una orden a uno de sus más fieles secuaces:

—Ven conmigo, Matt.

Matt Crower se encargó de la conducción del automóvil, en lugar del chófer habitual. Willard indicó una dirección y Crower arrancó sin hacer ninguna pregunta más.

Veinte minutos más tarde, el coche se detuvo frente a la casa donde Worwood tenía su estudio fotográfico. Momentos después, llamaban a la puerta.

Nadie contestó. Willard ya recelaba algo y dio una orden a su esbirro:

—Abre, Matt.

Crower había sido elegido por su especial habilidad en abrir puertas cerradas con llave, sin que después quedase el menor rastro de la operación. Al cabo de un minuto, el paso estaba franco.

Lo primero que Willard vio en el vestíbulo fue un gran cartel, groseramente pintado, pero con un rótulo significativo:

**SI BUSCA LA CARPETA N.º 11, SIGA LA DIRECCION QUE INDICA LA
FLECHA**

Willard contrajo las mandíbulas. Un poco más adelante, encontró otro cartel análogo:

CAMINO ADECUADO PARA ENCONTRAR LA CARPETA N.º 11

Willard empezaba a sospechar la burla. Sus sospechas se confirmaron segundos más tarde, cuando, sobre una bandeja de metal, encontró un montoncito de cenizas. Un cartón, sostenido por un palito, tenía escrito el último rótulo:

¡LASTIMA! LA CARPETA N.º 11 SE QUEMO

Los puños de Willard se crisparon de rabia. No podía saber que la carpeta había sido quemada días antes y que las cenizas que tenía a la vista procedían de unos cuantos periódicos que Dickers había quemado horas antes.

Al cabo de unos momentos, Willard reaccionó y se fue al teléfono.

—¡Carlton! —rugió, cuando se hubo establecido la comunicación—. Acabe con Dickers, hoy mejor que mañana, ¿me ha entendido?

—Pero, señor...

—No quiero objeciones, hágalo cuanto antes; eso es todo.

—Muy bien, se lo diré a Ernie Coleman...

—Dígaselo al diablo, si quiere, pero haga lo que le he dicho.

El teléfono volvió violentamente a su horquilla. Willard miró a su subordinado con ojos inyectados en sangre.

—Vámonos, Matt —dijo al cabo.

Salieron a la calle. En la otra acera, vestido con un grasiento mono de mecánico, Dickers leía tranquilamente un diario de la tarde.

Por encima de las páginas del periódico vio a Willard, en cuya cara ardía la cólera. Mientras el coche arrancaba, Dickers siguió leyendo, con la sonrisa en los labios.

* * *

Estaba a punto de salir, cuando llamaron a la puerta.

Precavido, Dickers atisbo a través de la mirilla. Su sorpresa fue enorme al reconocer a Joyce.

Abrió. Ella entró, irresoluta y vacilante.

—Hace días que no sé nada de usted —dijo, como excusa.

—Bueno, he tenido trabajo.

—Pero creí que me informaría...

—Los únicos informes que usted necesita son los del último acto del drama. Y esta noche, espero, tendrá lugar el penúltimo.

Bajo la máscara, chispearon los ojos de Joyce.

—¿Va a salir? —preguntó.

—Terminaba de prepararme —contestó él.

—¿Adónde va?

—Ya se lo he dicho, a preparar el penúltimo acto del drama...

—Quiero ir con usted —dijo Joyce sorprendentemente.

—Oiga...

—No tengo miedo. Recuerde el embarcadero de West Point Beach. Dickers se resignó.

—Está bien, acepto, pero con una condición —dijo.

—De acuerdo —exclamó ella ansiosamente.

—No haga nada sin mi permiso y, sobre todo, no chille, pase lo que pase. El trabajo que voy a hacer debe realizarse en el más completo silencio, ¿entendido?

—Sí, Kim. ¿Vamos?

Dickers la contempló unos instantes.

—Bueno, ese vestido puede pasar —dijo al cabo.

—Oiga, es carísimo...

—Poder comprar un vestido caro no significa siempre buen gusto —respondió él ácidamente. Cargó con una pequeña bolsa de lona y arrancó hacia la puerta.

Joyce se emparejó con él.

—¿Cómo le gustan más los vestidos? —preguntó.

—Encuentro la falda un poco larga...

—Es la moda.

—Cuando se tienen las piernas como usted, es preciso enviar la moda al diablo y lucirlas como se debe.

—Oh —exclamó Joyce, atónita. Pero Dickers entraba ya en el ascensor y de nuevo tuvo que correr para situarse a su lado.

Media hora más tarde, se detenían en un sitio que le pareció conocido.

—Oiga, creo que ésa es la casa de...

—Exactamente; es la casa de Willard.

Joyce adivinó los propósitos del joven.

—¿Y va a entrar en ella?

—Sólo en el jardín y, naturalmente, no por la puerta. Ahora, escúcheme bien: usted se quedará en el coche, aguardándome. Pase lo que pase, no se mueva de aquí, ni grite ni llame a la policía.

—Sí, Kim, pero me gustaría saber...

—Ya llegará el momento —respondió él, tajante.

Dickers se apeó y desapareció en las tinieblas. Joyce quedó en el mismo sitio, con los nervios en tensión, sin comprender en absoluto los propósitos del joven.

Media hora más tarde, le pareció oír un ruido extraño, como el de un golpe en algún cráneo. Estaba a punto de estallar, cuando vio una sombra oscura que corría hacia el automóvil.

Dickers se sentó en el auto tras el volante y dio el contacto. Entonces, Joyce, ardiendo de curiosidad, exclamó:

—Pero, bueno, ¿es que no voy a poder saber qué es lo que ha estado haciendo?

Dickers lanzó una alegre carcajada.

—Ya lo creo —contestó—. Una vez dije que lo mejor era dejar a

Willard solo, sin sus colaboradores. Antes de veinticuatro horas, se producirá una estampida total y entonces habremos llegado al acto final.

CAPÍTULO XIX

Matt Crower se pasó una mano por la frente.

—Estoy ardiendo de calor —se quejó.

Sentía algo de náuseas y vértigos. Uno de los vigilantes le miró y frunció el ceño.

—Tienes la cara enrojecida, llena de manchas muy raras...

—¡Viruela! —chilló otro de los guardias.

Los que estaban libres, cenaban en un departamento especial de la casa. Crower acababa de entrar en aquel momento y miró a sus compañeros con ojos atónitos.

—Pero ¿qué viruela...?

—¡Nos va a contagiar! —gritó uno.

Otro se puso en pie y su silla cayó hacia atrás y el plato se volcó aparatosamente sobre la mesa.

—Ese tipo es una amenaza andante —bramó, a la vez que salía disparado hacia la puerta.

Los demás no perdieron tampoco mucho tiempo. Sus gritos resonaron estridentemente en el jardín, llevando la alarma a los dos hombres de guardia en la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¡Matt! ¡Tiene la viruela! Puede morir... Nos va a infectar a todos si nos quedamos aquí...

La verja se abrió en el acto. Un minuto más tarde, diez robustos vigilantes partían disparados. Crower corría tras ellos, llamándolos frenéticamente, pero ninguno le hacía el menor caso.

Willard oyó los gritos y salió de su despacho al jardín. Divisó a Crower y le llamó a voz en cuello, pero no obtuvo respuesta; a su vez, Crower corría desolado en busca de un médico que atajase el mal del que creía poder morir si no le curaban a tiempo.

El desconcierto más absoluto se apoderó de Willard. En pocos minutos, se había quedado absolutamente solo en la casa.

Buscó por todas las estancias. Pronto quedó convencido de que era el único habitante de la mansión.

Regresó al despacho. En la puerta, se quedó como clavado al suelo.

—Entre, entre, a fin de cuentas está usted en su casa —dijo Dickens, con jovialidad que desmentía el revólver que tenía en la mano derecha.

Las cejas de Willard se juntaron.

—Empiezo a sospechar que todo ha sido un truco suyo —dijo.

—Ha acertado, pero, pase, pase, no se quede ahí. Tiene que darme algo que guarda en su caja fuerte.

—¿Puedo saber qué es?

—El único documento con el que extorsionaba a Worwood. Bajo la amenaza de expulsión del país, usted le obligaba a guardar todos los documentos y fotografías comprometedores, mediante los cuales obtenía enormes sumas todos los meses. El hecho de que yo destruyera las copias que guardaba Grattan no alteró sustancialmente las cosas; posiblemente, Holliday se hubiera encargado de suplirlo. Y así, no teniendo en casa ninguno de esos documentos, nadie podía relacionarle a usted con los chantajistas.

Un buen plan, todo hay que reconocerlo. Pero la fuente de dinero se ha cegado ya.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Willard.

—Porque alguien me pagó para hacerlo, una mujer, a la cual dejó usted sin rostro. Ahí fue cuando usted cometió un grave error, al tratar de entrar en las finanzas; y al negarse ella, usted ordenó, como represalia, que le abrasaran el rostro. Pero topó con una chica que no cedía tan fácilmente y ya no se atrevía a matarla, temiendo que lo señalaran como su asesino. Sólo por eso me puse en contra de usted.

—Estoy pensando en que usted no destruyó la carpeta número once, sino que se la quedó...

—Se equivoca, Willard; tengo mis defectos, como todo el mundo, pero no me gusta recurrir a ciertos procedimientos para ganar dinero. El propio Worwood fue quien destruyó la carpeta, cuando yo le convencí de que conseguiría el documento comprometedor que guarda usted.

—¿Y cree que se lo daré? —preguntó Willard, desafiador.

El revólver se alzó de pronto.

—Sí, porque, de lo contrario, le pegaré un tiro. Y, recuerde, ahora no tiene a sus guardaespaldas para que lo defiendan —dijo Dickens con firme acento.

Willard se amedrentó.

—Usted no sería capaz...

—Trate de negarse y verá si soy o no capaz.

Hubo un momento de silencio. Luego, Willard, lentamente, se acercó a un cuadro colgado en uno de los muros.

—Dígame —exclamó de pronto—, ¿cómo ha hecho para conseguir que los vigilantes escaparan?

Dickers soltó una risita.

—Crower se le quejaría de que anoche fue asaltado por un desconocido, que le golpeó en la cabeza, dejándolo sin sentido, ¿no es así?

—En efecto, pero pensamos que sería un ladrón, que escapó sin conseguir nada.

—Fui yo.

—¿Usted? —dijo Willard, atónito.

—En efecto. Y mientras Crower estaba inconsciente, yo le inyecté unas dosis de cultivo de varicela, benigna, como usted sabe, pero que, a los no expertos, puede parecer viruela. Naturalmente, sus vigilantes le vieron la cara y salieron de estampía.

—Muy listo, infernalmente listo —elogió Willard.

—La verdad, me he limitado solamente a actuar como usted no lo esperaba. ¿Qué le parecieron los rótulos del estudio de Worwood?

—¿Cómo sabía que yo iría allí?

—La señora Muskee le llamó y le dijo unas cuantas lindezas, creo.

Willard movió lentamente la cabeza.

—Empiezo a comprender —murmuró.

—Y usted llamó a Worwood inmediatamente. Como no le contestaba, receló algo, pero, claro, no podía ir a horas en que acuden sus clientes. Me sobró tiempo para pintar unos carteles y quemar, un par de periódicos viejos. La carpeta número once, puedo jurárselo, es ya menos que humo.

—Con un tipo así a mi lado, yo hubiera conquistado el mundo —dijo Willard.

—Ahora yo debiera contestarle que el mundo es pequeño para los dos, pero eso sería soberbia. Simplemente, le diré que yo no me aliaría con usted ni para echar miguitas de pan a los pájaros.

De nuevo se produjo otra pausa. Dickers movió el revólver en silencio.

Willard apartó el cuadro. Luego, lentamente, hizo girar las ruedecillas de la combinación de la caja fuerte.

Momentos después, se dispuso a abrirla. Metió la mano derecha, pero, en el mismo instante, sintió un fortísimo golpe en los nudillos. Un aullido de dolor se escapó de sus labios. Luego se sintió violentamente empujado a un lado y rodó por el suelo.

Con ojos llenos de lágrimas, vio que Dickens se guardaba la pistola que estaba en la caja fuerte y que había pensado en usar contra él.

—No me tome por tonto, Willard —dijo severamente.

El dueño de la casa yacía en el suelo, gimiendo sordamente, mientras Dickens revolvía los papeles que había en el interior de la caja fuerte. De pronto, encontró un sobre con el nombre del fotógrafo en el anverso.

—Bueno, ya tengo lo que buscaba —dijo.

Y, en el mismo momento, se oyeron pasos rápidos en la estancia vecina.

* * *

Holliday entró en el despacho y vio a Willard que se ponía en pie penosamente.

—¿Qué es eso que me ha dicho? ¿Piensa marcharse? —gritó.

Willard le miró atónito.

—¿Te has vuelto loco, Carlton? —barbotó, mientras se chupaba los nudillos de la mano maltratada por la puerta de la caja fuerte.

—Oiga, yo... Mire, Willard, no quiero que nadie se burle de mí. Usted me ha dicho que puedo considerarme despedido del

Sankar's

y que ya tiene a otro que se ocupe de sus asuntos. Eso es algo que ni siquiera en broma puedo admitir, ¿me entiende?

—Pero, Carlton, te aseguro que yo no...

—Y, otra cosa, ¿dónde está la carpeta número once? Ahora que las cosas se van a poner bien, usted va y me deja tirado como un trapo. Le he servido lealmente en todo y no me merezco ese trato, ¿me oye?

—Estás loco, Carlton, yo no he dicho...

—No, si ya me pensaba yo algo por el estilo —dijo Holliday, cada vez más furioso—. Y luego, para taparme la boca, buscará a alguien

que me meta un par de plomos en el cuerpo. ¿Cree que se lo voy a consentir?

—¡Cállate ya! —rugió Willard—. No haces otra cosa que decir insensateces desde que has llegado. ¿De dónde has sacado todos esos embustes?

—Pero ¿es que cree que no soy capaz de reconocer su voz?

Willard corrió a su mesa y abrió un cajón, del que extrajo un revólver. Holliday adivinó su intención y disparó una vez, pero la bala sólo rozó levemente el brazo del otro.

El revólver de Willard vomitó tres estampidos muy seguidos. Holliday abrió los ojos desmesuradamente y rodó por tierra.

Sin embargo, todavía estaba vivo. Jadeaba penosamente y hacía esfuerzos por levantar el arma.

Mordiéndose los labios de dolor, Willard dio dos pasos y apuntó a la cabeza de Holliday. El sujeto viviría, hablaría sin duda, contaría muchas cosas...

Apretó el gatillo. La detonación apagó el alarido de horror que iba a lanzar Holliday.

Una mano, con fuerte golpe, hizo saltar el revólver homicida por los aires. Willard se revolvió velozmente.

—Pero... creí que se había ido...

—Hay cortinas de sobra en este cuarto —respondió Dickens—. Escuche, se oye una sirena policial.

—He disparado en legítima defensa...

—¿Quién creerá tal cosa, cuando vean una bala en la frente de Holliday? Con haberle impedido que siguiera disparando, tenía más que suficiente, pero usted lo remató. Eso pesará mucho para enviarle a la cárcel durante un montón de años, créame.

Desmoralizado, Willard se derrumbó en un sillón. Ahora comprendía la astucia de Dickens; había imitado su voz para provocar el choque con Holliday. Su dinero, sus amistades, sus influencias, nada contaría a la hora de enfrentarse con el veredicto del jurado.

Dickens contempló el ensangrentado cadáver del gerente del Sankar's

. Más de uno, pensó, se había visto en idéntica situación a causa de una orden emitida por Holliday. La sirena policial sonaba cada vez más cerca.

El coche se detuvo en lo alto de los acantilados y su ocupante saltó al suelo. Kim Dickers frunció el ceño al ver que los trabajos de la casa en construcción no iban como él quería.

—Oigan, aquí me parece que hay cosas que no están en los planos. Los hice con el arquitecto y...

—Sí, pero creo que ha habido modificaciones —dijo el capataz—. Precisamente ayer estuvo el arquitecto y dijo que el ventanal que daba al mar debía ser más grande.

—Para mí estaba bien como fue diseñado —gruñó Dickers.

—A mí me gustaba un poco más grande.

Dickers sintió un fortísimo estremecimiento al escuchar una voz harto conocida. Luego, lentamente, se volvió y se enfrentó con Joyce Ginnison.

El capataz sonrió maliciosamente y se marchó.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Dickers, rehecho ya de la sorpresa de verse frente a la joven.

—He venido a inspeccionar los trabajos. Por cierto, el panorama me gusta mucho... No sabía que estos terrenos fueran tuyos, Kim —contestó Joyce desenvueltamente.

—Los compré hace algunos meses. Siempre me gustó la vista que se puede contemplar desde Winds Point. Además, está algo alejado de la ciudad, en una zona muy tranquila y...

Pero, maldita sea, ¿por qué dice eso?

—Bueno, resulta lógico que yo también tenga algo que decir acerca de la casa en que voy a vivir —sonrió ella.

—Es que no se la pienso vender. A ningún precio.

—¿Y quién ha dicho que yo vaya a comprarla? —De pronto, Joyce dio unos pasos y quedó casi tocándole con el pecho—. ¿Te gusto más con tacones bajos?

Dickers se pasó una mano por la cara.

—Vamos a ver si nos explicamos de una vez —dijo—. Tú... usted dice que no quiere comprar la casa, pero que va a vivir en ella...

—¡Naturalmente, con mi esposo!

—Ah, se ha casado...

—¡Tonto!

De súbito, Dickers notó algo en el rostro de Joyce.

—Bueno —resopló—, al fin has vencido el horror al quirófano.

Ella asintió.

—Sí, Kim —confirmó.

—Entonces, por eso en todos estos meses no he tenido noticias tuyas.

—No quería que me vieras hasta que mi cara fuese la de antes. ¿Te gusta? ¿O sigues prefiriendo el retrato de Worwood?

—¡Qué tontería! El original es siempre más...

—¿Atractivo?

Dickers la abrazó repentinamente, con todas sus fuerzas.

—Auténtico —exclamó. Y los labios que besó a continuación no eran los de una máscara, sino unos labios genuinos, de mujer, ardientes y apasionados.

FIN



Luis García Lecha. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.